

GALICIA

REVISTA REGIONAL

LAS CORTES DE SANTIAGO Y LA CORUÑA DE 1520 (1)

(Continuación.)

VI

Abriéronse las Cortes en el viejo convento de San Francisco el día 31 de Marzo. Presidíalas el gran canciller Mercurino Gattinara, acompañado de cuatro letrados, que eran los doctores Galindez y Jos y los licenciados Zapata y don García de Padilla—que no era Obispo de Badajoz como dice con notable error el señor Vicetto;—y es de notar aquí la importancia que tiene en estas Cortes la clase de los letrados, pues era costumbre que solo asistiesen dos, y este mismo número es el que había asistido á las de Valladolid de 1518.

Sandoval dice que estas Cortes fueron presididas por Hernando de la Vega, Comendador mayor de Castilla y señor de Grajal, y aunque en apoyo de esta opinión podría citarse el hecho de que en las ya dichas Cortes de

(1) Véanse los números 8 y 9.

1518, el doctor Zúmel, procurador de Burgos, protestara de que fuesen presididas por el flamenco Selvagio, y que el Emperador, aún contra su voluntad, hubo de reemplazarlo por el Obispo Mota; no es menos cierto que el nombre de Hernando de la Vega no suena para nada en estas Cortes, y si el del Canciller ya citado, como más tarde veremos. Además, el elemento flamenco, á pesar de la altivez y fiero orgullo castellano, iba adquiriendo cada día más preponderancia, como lo demuestra el que las Cortes de Valladolid de 1523 fueron presididas por el dicho Canciller, de quien decían los procuradores de las de Toledo de 1525, *que le tenían por natural de estos reinos*.

No tiene el señor Colmeiro opinión fija acerca de este punto, porque se contradice en las dos partes de que consta su luminosa obra *Las Cortes de los antiguos reinos de León y Castilla*: así, mientras en la segunda opina como Sandoval, en la primera afirma que el presidente de estas Cortes fué el Obispo Ruiz de la Mota, por ser éste el encargado por el emperador de hacer *la proposición* ó discurso regio; y entiendo yo que más visos de certeza puede tener esta última opinión que no la del cronista imperial.

Entre los personeros asistentes á estas Cortes, nos encontramos con Juan Vazquez y Rodrigo de Tordesillas, enviados de Segovia; don García Ruiz de la Mota, de Burgos. Zúñiga, en sus *Anales de Sevilla*—que tuve ocasión de consultar—dice, que los enviados de esta ciudad fueron el caballero veinticuatro don Juan de Guzman y el jurado Juan de Torres, y no encontré como tal procurador á Cristóbal Pinelo, que cita Colmeiro, y de quien nada dice el antedicho analista sevillano. La ciudad de Toledo no tuvo procuradores, por que los regidores, elegidos por suerte, eran de los pocos afectos á la persona del monarca, y no quisieron admitir los poderes limitadísimos que la ciudad les daba, desobedeciendo la orden de aquél, y antes que ceder, la ilustre Toledo prefirió quedarse sin representación en las Cortes, á bien, que allí tenía á Laso de la Vega y los otros enviados de que hablé antes. Salamanca nombró á Pedro Maldonado Pimentel y á Antonio Fernandez, más como no traían sus poderes ajustados al modelo enviado por el Emperador, no se les admitió en las Cortes. Galicia no tuvo representantes por no tener voto; así es que no acierto á comprender como se han lanzado los nombres de *Vasco de Culleiredo* y *Xian de Gajo*, como representantes de este reino. De los demás procuradores, los de Valladolid trajeron poderes duplicados y los de Murcia y Madrid limitados.

Nada se dice de la asistencia á estas Cortes de los otros brazos del Estado; ophio que ni la nobleza, ni el clero, estuvieron presentes en ellas, y para tal afirmación me apoyo en las razones siguientes. Primera: El predominio que el poder real había alcanzado sobre los demás del Estado que no consentía

que vinieran á debilitar su fuerza y esplendor, como lo prueba el hecho de que tan pronto encontró coyuntura favorable para anularlos, prescindiendo de su auxilio, arrojó á la nobleza de las Cortes y dejó de convocar al estado llano. Segunda: Que el poder de la nobleza como cuerpo político había comenzado á declinar una vez que llenara su misión histórica, quedándole solo la escasa influencia que como elemento social le daban los vínculos y mayorazgos. Y tercera: Que la lucha de los poderes real y espiritual que ocupa casi toda la Edad Media, habíase manifestado también en nuestra España de un modo más ó menos encubierto, en el orden político por los bandos opuestos de regalistas y papistas, y en el científico en las disputas de nuestras Universidades entre Romanistas y Decretalistas, y que terminando por dar el triunfo á la realeza, hizo decrecer el poder del clero en las Cortes, por más que su influencia no sufriera, por desgracia, daño alguno en otros aspectos de la vida política y social. En confirmación de todo lo dicho, se observa como poco tiempo después á las convocadas por los monarcas austriacos, solo asiste el brazo popular, hasta que el poder real, ya francamente absoluto, prescinde de su reunión, ejerciendo por sí, ó con ayuda de las salas del Consejo Real, todas las facultades de las antiguas Cortes, sin olvidarse de manifestar en las pragmáticas y reales cédulas el deseo del monarca de que fuesen acatadas y obedecidas con igual agrado y respeto que si fuesen hechas en Cortes.

Túvose—como ya antes dije—la primera sesión el día 31 de Marzo á presencia del Emperador, en nombre del cual el Obispo Ruiz de la Mota dirigió la palabra á los procuradores. Hábil é insinuante fué su discurso, y mezclando promesas y amenazas procuró el Obispo persuadir á los personeros á que prorrogasen por tres años el servicio votado en las Cortes de Valladolid dos años antes; alegaba para justificar su petición y como causas que la determinaban: la jornada de Flandes, los gastos hechos en el viaje de D. Carlos á estos reinos, en las guerras con los infieles, en el regreso á Alemania del Infante D. Fernando, y otras varias, terminando con citarles el ejemplo de las Cortes vallisoletanas, que le habían servido con tanta liberalidad y prosteza el subsidio que les pidiera. Habló luego don Carlos confirmando las palabras del Obispo, y añadiendo que su viaje no se alargaría por más de tres años, y en ese intervalo no se darian empleos ni oficios á los extranjeros, ni se permitiría sacar del reino oro, caballos, armas ni otra cosa alguna de las vedadas, y terminaba diciendo que esperaba que durante el tiempo de su ausencia guardasen la paz y fidelidad que de tan leales vasallos se prometía.

Burgos—que como dije arriba era la primera voz entre las ciudades—contestó al discurso regio por medio de su procurador don García Ruiz de la Mota, hermano del Obispo, y uno de los más afectos á la causa del mo-

marca. No se conservan las palabras de su discurso, pero puede afirmarse que no escasearían aplausos al Emperador y ofrecimientos de complacerle en sus peticiones.

Contenidos por la presencia del monarca, nada replicaron los procuradores, y así terminó la primera sesión.

No hubo en la segunda igual conformidad de pareceres, manifestándose el descontento de un modo ruidoso, por la negativa de los procuradores salmantinos á prestar el juramento acostumbrado si antes el emperador no les otorgaba las peticiones contenidas en la carta de Toledo y negadas en Villalpando. Siguiéron á los de Salamanca los procuradores de Toro, Zamora, Sevilla, y uno de Avila. La consecuencia de esta negativa fué no admitir por escasez de poderes á Maldonado Pimentel y Antonio Fernandez, como procuradores á Cortes.

Al mismo tiempo que los de León y Córdoba entregaron sus poderes, presentaron por separado una petición para que las Cortes no entendiesen en cosa alguna, hasta que el rey contestase á las instrucciones y capítulos que sus ciudades les enviaran y *determinase lo conveniente despues de vistos y platicados en las dichas Cortes*. Salió el Canciller presidente á dar cuenta al emperador de estas peticiones, y volvió por la tarde á decir que S. M. supplicaba tuviesen á bien otorgarle el servicio pedido, y que él antes de su salida proveería en los memoriales que le presentasen. Puesta la súplica á deliberación, algunos procuradores mantuviéronse firmes, mas otros, como Cuenca y Segovia, comenzaron á flaquear, ya porque estuviesen comprados por el oro flamenco, ya porque creyesen de buena fe las palabras del monarca.

Intrigas, asechanzas, promesas y hasta dinero, todo se puso en juego para barrenar la firmeza de los procuradores, y preguntados de nuevo el 3 de Abril por el Canciller si otorgaban el servicio pedido, la contestación fué, que siete ciudades, dos villas y un procurador de Jaen votaron en contra del monarca, exigiendo que antes se diese satisfacción á las ciudades y después se resolvería lo del servicio. Gran disgusto produce esta energía en el Cesar, quien al día siguiente ordena á los procuradores, por medio del Canciller, que respondan categóricamente si otorgan ó no el servicio. Injurias, amenazas, destierros, todo género de malas artes puestas en plaza por los flamencos, consiguen inclinar alguna de las ciudades que antes estaban firmes. El domingo de Ramos, al anochecer, Francisco de los Cobos, secretario del emperador, y el del Consejo Juan Ramirez, notifican á Pedro Laso y Alonso Suarez la orden de destierro á Padrón.

Mas atropellos hubo todavía. Tomó Carlos I á desacato la desobediencia de los procuradores, y noticioso de lo ocurrido en Toledo con el nombra-

miento de los suyos, ordenó á Alvarez Maldonado y Antonio Enríquez marchasen allá, y que vinieran los regidores Juan Padilla y Hernando Dábalos, jefes del bando popular. Hicieron éstos como que obedecían, pero los vecinos de Toledo, en connivencia con ellos, los detienen en el camino, volviéndolos á la ciudad, donde son guardados por 7.000 hombres en la catedral y á fomentar el desorden contribuye el desterrado Laso, que huyendo de Padrón se fué á Toledo.

A aumentar los odios y rivalidades de Santiago vino un nuevo incidente: Galicia, el antiguo reino de los Suevos, la patria de tantos hombres ilustres, la cuna, en unión de Astúrias, de la monarquía castellana, no tenía por olvido imperdonable voto en Cortes. El Obispo Alonso III de Fonseca, poniéndose á la cabeza de lucida comitiva de condes y señores gallegos, entre los que figuraba el noble vencedor de Seminara, don Fernando de Andrade, Conde de Villalba, y el no menos poderoso Conde de Benavente, se entraron en las Cortes pidiendo ser admitidos como procuradores de este antiguo reino, alegando que en tiempos pasados había tenido voto y que debía tenerlo por su antigüedad y nobleza, que después Zamora se alzara con su representación, y protestaban de que no se les parase perjuicio alguno de lo que en su nombre hiciese aquella ciudad, exigiendo de la protesta testimonio escrito. Contestóle el representante de Burgos y debió hacerlo en términos descorteses, porque entre él y el Conde de Villalba se cruzaron frases de disgusto. Al mismo tiempo, el monarca, enterado de lo ocurrido, encargó al Obispo Mota que diese satisfacciones en su nombre á los ofendidos gallegos, y al hacerlo éste, cortóle su arenga el Conde don Fernando con aquellas palabras que cita Sandoval: *Bonico hermano teneis, señor Obispo, más juro á Dios que si mucho me hacen he de juntarme con don Pedro Laso*. Palabras que llegaron á oídos del Rey, y le valieron el destierro á la Coruña.

Con tal estado de cosas, los santiagueses en vista de la negativa del voto, adoptan una aptitud hostil; el mismo Fonseca andaba en secreto reclutando gente armada, y la carestía de los mantenimientos, efecto del consumo desusado, contribuye al desasosiego que se notaba en la ciudad. Los flamencos amenazados y escarnecidos en todas partes, no se creen seguros en ninguna, y ruegan al Emperador que mire por su seguridad; y el mismo Fonseca le aconseja que salga de Santiago, como así se acuerda, suspendiéndose las sesiones con la orden de trasladarse á la Coruña.

Antes quisieron hacer los cortesanos otra nueva tentativa, y vueltas á abrir las Cortes el 20 de Abril, estrechando á los procuradores con halagos y promesas, procuran la concesión del servicio. Otórganlo Burgos, Cuenca, Avila, Soria, Sevilla, Guadalajara, Granada y Segovia; manteniéndose dig-

nas, en su negtiva, León, Córdoba, Zamora, Murcia, Toro, Valladolid y Madrid; dividiéndose los procuradores de Jaen en pró y en contra, añadiendo uno de estos, y los de Soria y Valladolid, que se entendía el servicio comenzando á contarse pasados tres años del anterior, otorgado en 1518 en Cortes de Valladolid.

El emperador pareció contentarse con esta dudosa victoria de 8 votos contra 7, más creciendo el peligro en Santiago, acordó la traslación de las Cortes á la Coruña, como así se verificó.

ABEL ROMERO RODRÍGUEZ.

(Concluirá).





FÁBULA DE UNA HISTORIA

MARIA PITA

Un marqués de Cerralbo, que es título español de muy rancia tradición, gobernaba el Reino de Galicia en 1589. Un almirante inglés, Drake, y un general, inglés también, Enrique de Norris, al frente de setenta navíos y catorce mil soldados, llegaron á las costas de la antigua Suevia. Dos colosos, vencido el uno en la *invencible*, é invencible la otra en su perversidad, aguardaban impacientes el término de la lucha. Isabel de Inglaterra confiaba á sus huestes la venganza de quiméricas ofensas; Felipe II esperaba de los suyos el castigo de tan temeraria invasión.

Si grande fué el ataque, heroica fué la defensa. La sanguinaria debió sentir placer igual al que sentía cuando rodó la cabeza de su prima Stuard. El vencedor en San Quintín daría gracias al Altísimo por haber sembrado tanto esfuerzo y patriotismo en sus aguerridos vasallos. Cuando el combate terminó, Isabel de Inglaterra, la que no lloraba jamás, debió llorar; Felipe II, el que jamás se reía, debió reír. ¡Llanto y risa, que aun duraran, si posible fuera volver á la vida aquellos dos genios tan distintos en sentimientos y costumbres, y, si una vez animados, tuvieran valor para leer aquel libro que lleva con arrogancia esta concisa y sarcástica portada: *Hand-Book-for Spain, by Ford. London-Murray!*»

No tuvo M. Ford, por su desgracia, quien le pidiera explicaciones de la toma heroica de la Coruña, pues habrá de saberse que el tal libro, aunque no es más que *Manual de viajero por España*, está ilustrado con episodios históricos, que es como si digéramos, con caricaturas al temple. Dice el inglés, satisfecho, que la ciudad se tomó, pero que con la ciudadela no pudieron los ingleses; agréguese á esto que en la Coruña ni hay ni hubo más ciudad que la ciudadela, y júzguese después si hubo, hay ó puede haber algo para la historia como M. Ford, el autor del *Hand-Book-for Spain*.

Verdad es que esas noticias no las ha dado sin su razón de ser. ¿Está un inglés obligado á saber que los caseríos situados al pie de una ciudad próxima al mar, son barrios de pescadores? Además, ¿no era D. Quijote español y tomaba por castillos las ventas y por gigantes los molinos? Y sobre todo ¿qué culpa tiene M. Ford de que los españoles le pongan mote á las cosas? El hablaba para Inglaterra, y á nadie le es dado averiguar lo que pasa en casa ajena.

Bueno fuera que la fábula terminara ahí, y mejor todavía, que, de no haber terminado, se hubiere exacerado la verdad en el largo transcurso de tres siglos. Pero dígasele á un español ó á un gallego que no es cierto que María Pita fuese heroína, y que es falsa la arenga aquella de «ánimo, seguidme, amigos míos, ánimo, que en nuestras manos tenemos la honra del nombre español», arenga que tiene la virtud de ser pronunciada en el siglo xvi con estilo y letra del siglo xix. Quien tal digere mereciera excomunión mayor de la patria, anatema de la región y afrentosa muerte de aquella ciudadela que no era ciudad, ó de aquella ciudad que no era ciudadela.

Necesitábase para ello todo el valor de M. Ford, y yo mismo no me hubiera atrevido con tal empresa, si para negar los hechos tuviera que resignarme á negar ese acto heroico, en que cifra legítimo orgullo la ciudad de la Coruña.

Pero como quiera que me propongo enaltecer todavía más aquella hermosa ciudad de Galicia y honrar más también á la mujer gallega, no paro mientes en la gravedad del caso, y me decido á probar que el heroismo *exclusivo* de María Pita descansa en el valor de la arrogancia, y que sobre las murallas de la ciudad de Hércules hubo tantos genios de la guerra como corazones femeninos, y tantas heroínas como mujeres.

Antes de dar principio á la exposición de los hechos, enpezaré por someter á consulta del que esto leyere una consideración que se me ocurre. Dado un hecho cierto, y supuesta la relación de ese hecho por testigos presenciales ó de vista, y testigos de referencia, ¿cuáles ofrecerán más crédito al que escuchare? ó de otra manera: dado el ataque verificado por los ingleses en la ciudad de la Coruña al mando de Sir Francisco Drake en 1589, y dado el

relato que de ese ataque hacen, por un lado M. Ford, el autor del *Hand-Book-for Spain*, y por el otro la *Información de Mareantes* de la Coruña, suscrita á 25 de Septiembre de 1589 por diez testigos presenciales, ¿cuál merecerá más crédito?

Una vez expuesta esta consideración, asáltame todavía otra que no habré de ocultar. ¿Será bastante para dar como exacto el relato de un suceso la existencia de ese relato por tres siglos consecutivos, ó bastará para destruirle la aparición de un documento auténtico de carácter oficial, pero que no es la *Gaceta*, y que reúne á la autoridad que le presta la época en que está suscrito y las personas que le suscriben, todas las garantías de veracidad é imparcialidad que se pueden apetecer en quien no tiene interes para desfigurar los hechos?

Y consignada esta segunda duda, suscítase otra tercera. ¿Es posible suponer que en España permaneciese ignorado hasta ahora un documento importante que se refiere á su historia y que esclarece uno de los episodios más interesantes de la misma? Si el crítico que esto lea resolviera tan de mi gusto las dos primeras dudas, como tengo por seguro que habrá de resolver la tercera, diera tambien por seguro el éxito de este artículo.

No habré de entretenerme en describir la defensa de la Coruña, tal y conforme hasta la fecha se ha descrito. Para quien la supiere, sobra mi exposición, para quien la ignorase, no hace falta exponer de antemano lo que se habrá de refutar, que si la refutación es leal, ella dará por si sola palmaria muestra de lo que combate.

Y para empezar la obra de tan noble causa, solo faltan tres precedentes, á saber: que yo soy autor único y responsable de lo que afirme, que mi cómplice ha sido el Sr. Martínez Salazar, y que el cuerpo del delito es la Información del Gremio de Mareantes de 25 de Septiembre de 1589. Si una vez convicto y confeso, hay Juez que se atreva á perseguirme, le remito á los siguientes capítulos de prueba.

AUGUSTO G. BESADA.

(Se continuará).





ESTUDIOS ARQUEOLÓGICOS (1)

SANTO DOMINGO DE PONTEVEDRA

V

Del *Discurso hecho por Gonzalo Argote de Molina sobre el Itinerario de Ruy González de Clavijo*, tomamos lo que en el asunto consideramos de interés muy especial. Y dice así en su propia ortografía el escritor sevillano del siglo xvr:

«Escribe Gonzalo Fernández de Oviedo, Cronista de los Reyes Católicos en su *Historia general de España*, tratando de la vida del Rey Don Enrique de Castilla, tercero deste nombre, que como después de la porfiada guerra que tubo con el Duque de Alencastre, sobre la sucesion deste Reyno, gozase de una dichosa paz por casamiento con la Reyna Doña Catalina, hija del mismo Duque y nieta del Rey Don Pedro, hallándose poderoso con grandes riquezas, obedecido y amado de sus Reynos y temido de los extraños: descando la amistad y comunicacion de los Príncipes del universo, procuro tener sus Embajadores en las cortes de los Reyes Christianos sus vecinos, y en las del Preste Joan, Señor de la India Oriental, del Soldan de Babilonia, del gran Turco Bayaceto, y del gran Tamurbec, por comun nombre llamado el Tamorlan: de cuya causa su nombre fué conocido en todas las naciones, y lo fuera mucho más, si su temprana y lastimosa muerte no dexara huérfana á España de tan ilustre Rey.

(1) Véanse los números 2, 4, 5 y 6.

»Entre otros envió (1397) el Rey Don Enrique por Embajador al gran Tamorlan y Turco Bayaceto á Payo Gomez de Sotomayor, y Hernan Sanchez de Palazuelos, Caballeros de su casa. Los cuales se hallaron en aquella sangrienta y famosa batalla que entre estos dos grandes Principes se dió, donde el Turco preso y puesto en una jaula de fierro, sirviendo de poyo de estribo al Tamorlan, fué exemplo al mundo de la inconstancia y poca firmeza dél.»

En Samarcanda, en el reciente palacio de mármel que Tamorlán había construido, de mil quinientos codos por lado, adornado de porcelana en su exterior, y en su interior de mosaicos, en medio de la gran llanura llamada Mina de flores, con innumerables juegos de aguas, sitio de delicias, de amenidad y encantos, «donde nada faltaba de lo que puede halagar los sentidos» en celebridad de sus inmensas victorias, dió el Tamorlán aquel celebrado festin que duró dos meses. El hidromiel y el aguardiente se servían en el banquete en vasos de oro de Kumi, y se derribaron bosques enteros para coocer las viandas, y al que fué admitido el inmenso pueblo, pues «hasta donde alcanzaba la vista se percibían mesas con manjares y bebidas, que se distribuían á todo el que se presentaba. Los jardines de Kanigul se habían convertido en pabellones, sostenidos con cuerdas de seda, y en los cuales se veían alfombras de telas de oro y cortinas de terciopelo con filetes de ébano y marfil. Doseientos pabellones de seda, apoyado cada uno en doce columnas de plata dorada, matizadas de piedras preciosas formaban la habitación Real, en torno de la que había centenares de tiendas para vender toda especie de adornos, de metales, perlas y alhajas de oro, de manera que Kanigul se asemejaba á las Minas del Potosí. Conciertos y representaciones en cien teatros entretenían al público, y varios indios bailaban en cuerdas tan altas que parecían estar atados á las nubes. Allí casó el Tamorlán á seis nietos, que cambiaron nueve veces de traje, y á cada mudanza las perlas y pedrería con que se adornaban eran abandonadas al séquito. Las antorchas y lámparas convirtieron la noche en día. Los hijos del Monarca, las Emperatrices y Reinas, los Gobernadores, los Generales, los Grandes del Imperio, acudieron con felicitaciones y regalos en medio de una inmensa multitud. Tamorlán admitió igualmente á los embajadores de la China, de la Rusia, de las Indias, de Grecia, de Egipto, de toda el Asia y «á los Enviados de España, que le ofrecieron una magnífica alfombra que eclipsaba las obras de los pintores orientales.» Véase esto y mucho más en Cantú y otros historiadores.

Y reanudando nosotros el discurso de Argote de Molina, le vemos continuar de este modo:

«Recibió el Tamorlan con mucha benevolencia á Payo Gomez de Sotomayor y Hernan Sanchez de Palazuelos. Y teniendo noticia del poder y grandeza del Rey Don Enrique, les dió muchos dones y envió con ellos á un Caballero grande de su casa que habia nombre Mahomad Alcagi, con un rico presente de joyas y niugeres, con una carta que refiere la Crónica, que

Luis Nuñez de Toledo, Señor de Villafranca, dió á Su Magestad, que está en la Real Librería de San Lorenzo, que dice así:

«EL REY TAMURBEC, EL HONRADO,
TABOR BERMACIAN, AL REY DE LAS CIUDADES Y LUGARES DE CASTILLA
Y DE LEON E ESPAÑA.»

«Dure su tiempo y buena fama en bienes famosos, en noblezas generales, y en gracias cumplidas. Hagole saber, que la su carta llegó á nos en paz y en seguridad, que la traxo Payo é Fernan Sanchez, é fizonos saber por su ditado lo que pertenece á deudo de amorío é acrecentamiento de la buena creencia. No es duda, que la su enviada á nos pronuncia carrera muy buena, pura nobleza de la su condición é verdadera, de la su señoría en paz é en mostramiento del su Reyno, de antigüedad é señal de la nobleza de amor por firme postura. Pido á Dios del cielo que mantenga la fermosura de la su realeza por via reglada, é dure la su señoría gran tiempo de dias é noches, por el Profeta saluaciones. Por ende hacemosle saber, que el hijo de Osmin pasaba segun que le pertenecía é desbarajaba, haciendo mandamientos no buenos, para desconcertar é ir contra los Principes e Señores, é no quiso creer lo que nos sobre esto le enviamos á decir, é no hubo dello temor, é movimos contra él los pendones caudales, por el poderio de Dios alto, é nos movimos nuestras huestes de buena andanza, á ir contra él á las partidas de los Reyes Christianos, é en esto afortunóse la quexa de la batalla, é entre nos é él encendiendose el fuego de la pelea, é llevamoslo con el poderio de Dios alto por la grande su defendimiento, ca non hay otro defendimiento, salvo Dios el poderoso é el sabidor de todo, é cativamos al dicho hijo de Osmin. E Don Enrique tu Andian é á un Orcaja su hijo, é fueron presos en el nuestro poder, é destruimos su hueste del todo, é hecimoslo pasar por las armas, é tragar las espadas, é las nuestras armas morder: é hecimos á los vestiglos comer los sus cuerpos: é los que dellos escaparon fueron desnudos é descalzos en tribulacion, é desamparados, é apoderamos graciosamente por la gracia de Dios alto á todos los Reyes Christianos en sus ciudades y castillos, como saben estos mensageros.»—

«Entre los otros dones que el Tamurbec envió con Payo Gomez de Sotomayor y Hernan Sanchez Palazuelos, Mahomad Alcagi en presente al Rey Don Enrique, fueron dos Damas hermanas, ganadas del despojo de la batalla del Turco, que en Castilla se llamaron Doña Angelina de Grecia y Doña María Gomez. Fué Doña Angelina una de las más hermosas damas de aquel siglo, y por tal la celebran los Autores dél, entre los cuales Micer Francisco Imperial, Caballero Ginovés que residia en Sevilla, le hizo unas canciones que se ven entre las Trobas de Alfonso Alvarez de Villasandino, que están en la Librería de San Lorenzo el Real que dicen así :

Gran sosiego é mansedumbre,
hermosura é dulce ayre,
honestad é sin costumbre
de apostura é mal vexaire,
de las partidas del Cayre
vi traer al Rey de España
con altura muy extraña,
delicada é buen donayre.

Ora sea Tarta ó Griega,
en quanto la pude ver,
su disposicion non niega
grandioso nombre ser,

que debe sin duda ser
muger de alta nacion,
puesta en gran tribulacion,
depuesta de gran poder.

Parcía su semblante
deçir, ¡ay de mí cativa!
convieno de aquí avante
que en servidumbre viva,
¡oh ventura muy esquiva!
¡ay de mí! ¿por qué nací?
dime, ¿qué te merecí?
¿por qué me faces que viva?

Grecia mia, Cardiamo,
oh mi SSengil Angelina,
dulce tierra que tanto amo,
do nace la sal rapina,
¿quién te partió tan aína
de tí et tu señorío,
é me traxo al grande río
do el sol nace, ó do se empina? (1)

(1) En el Códice núm. 1.932, existente en la Biblioteca Nacional de París, publicado en 1851 por D. Pedro José Pidal, se halla al núm. 240, folio 178, la misma composición ó *desir*, con algunas variantes y muy diversa ortografía. Es el texto único que hoy se conoce del *CANCIONERO DE JUAN ALFONSO DE BAENA*, «si no el primitivo y auténtico presentado por Baena al Rey Don Juan II, para quien lo compiló, á lo menos una copia hecha en su tiempo, y sin duda, para persona calificada, como lo demuestran el primor de la escritura y el lujo del libro.» «Forma éste un Códice en folio mayor, bien conservado, en papel, de 205 folios. escritos en dos columnas, con caracteres góticos de principios del siglo xv.» He aquí el *desir*:

Grant sonsiego é mansedumbre
fermosura é dulce ayre,
onestad é syn constunbre
de apostura é mal vejayre,
de las partidas del Cayre
vy traer al Rey de España
con altura muy estraña,
delicada é buen donayre.

Ora sca turca ó griega,
en quanto la pude ver,
ssu desposycion non niega
grandioso nombre sser,
que deve syn dubda seer
muger de alta nascion,
puesta en grant tribulacion
despuesta de grant poder.

Parescía su semblante
desir: «¡ay de mí catival
convieno de aquí avante,
que en servidumbre biva.
¡oh ventura muy esquiva!
¡ay de mí por que nascí!

«Del linage desta dama no he hallado otra memoria en las historias mas de las armas que se ven en su sepulcro, que son un leon de oro en campo azul, en la capilla mayor de la Iglesia de San Joan de Segovia, con letras que dicen asi:

»AQUI YACE DONA ANGELINA DE GRECIA,
HJA DEL CONDE JUAN, NIETA DEL REY DE
UNGRIA, MUGER DE DIEGO GONZALEZ DE
CONTRERAS, REGIDOR DESTA CIUDAD.

»Parece por este sepulcro y por muchas escrituras, que en los descendientes desta Señora han quedado, haber sido casada con Diego Gonzalez de Contreras, Regidor de Segovia, y haber sido padres de Ruy Gonzalez de Contreras, al qual (segun refieren los caballeros que dél descien den de los cuales son el Licenciado Jerónimo Contreras, Regente que fué en la Real Audiencia de Sevilla, y Juan Alonso de Contreras, del Hábito de Calatrava, del Consejo Supremo de su Magestad, y el Licenciado Jerónimo de Contreras, Oydor de Navarra) un Príncipe Griego escribió una carta que decia asi:

»CAYRE DON ZUBEN

A TI RODRIGO MI PRIMO SALUD EN EL PODEROSO.

»He sabido de gente de tu tierra que vives no en tanto deleite como á ti conviene segun tu linage; vente con tus parientes á mi, que lo que el poderoso me dió bastará para todos, tú en tu ley, y yo en la mia, é trayrás contigo á los hijos de Christiana, nuestros primos, que allá tambien están. El poderoso te guarde y te me dexa ver.»

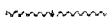
ANTONIO DE LA IGLESIA GONZÁLEZ.

dime que te meresci
por que me fazes que syrva.
«Grecia mia cardiamo,
o mi ssenguil Angelina,
dulçe tierra que tanto amo
do nasce la sal rapina,
¿Quién me partió tan ayña
de ty é tu señorío,
é me troxo al grant río,
do el sol nasce é se enpina?»

Pidal, en las notas, dice que *cardiamo*, palabra griega, equivale á «corazón mio,» *mi ssenguil*, compuesto de dos griegas, en significación de «mi centro, mi existencia, mi vida,» y que Micer Francisco Imperial acostumbra á mezclar en sus poesías versos y palabras de otras lenguas. El núm. 226 del *Cancionero* citado ofrece en vordad una buena prueba. Pidal usó las versales en todos los versos; pero la muestra que trae del original no las presenta sino del modo como las ha copiado Argote de Molina. También Pidal interpreta la palabra *rapina* «campo sembrado de rábanos.» Creemos que mejor le cuadra al «do nasce la sal rapina» la significación antigua castellana de «rapina» es decir: donde nace la sal arrebatadora, la gracia que arrebató, la sal ó gracia que roba con arrebató el corazón y las potencias, que hechiza, que cautiva el alma; en una palabra, el encanto de la *sal ática* proverbial.



EL DOCTOR CASTRO



I

El 7 de Octubre de 1881, tenían lugar en Lugo, á la par que las ferias tan celebradas de San Froilán, una brillante procesión cívica y otras fiestas populares con que aquella ciudad, respondiendo en parte al patriótico llamamiento que la hicieran; primero *La Juventud*, modesto periódico á cuya redacción tuve el gusto de pertenecer, y después en *La Ilustración Gallega y Asturiana*, el preclaro literato señor Laverde Ruíz, honraba la memoria de uno de sus hijos más ilustres: don Juan Francisco de Castro.

II

Don Juan Francisco de Castro—que nació en 1.º de Marzo de 1721 y murió á la avanzada edad de cerca de 70 años,—es legítima gloria, no sólo de Galicia, sí que también del resto de España; como que sus acciones dejan en la historia huellas de luz.

GALICIA.—OCTUBRE, 1887.—T. I.—V. II.—NÚM. 10.

33

Apóstol dignísimo del cristianismo, se afana, y con éxito, porque el sol de la paz brille en el hogar de sus amados convecinos, y es caritativo, tanto, que el pueblo agradecido llámale *El Misericordioso*. Modesto de todo punto, no acepta el cargo, para que el celebrado Carlos III le propusiera al Papa, de Obispo de León. Patriota insigne, es alma y vida de la *Sociedad Económica de Amigos del País de Lugo*, y construye necesarias obras públicas, y establece industrias importantes. Publicista concienzudo y elegantísimo, popularizante sus obras, que forman muchos tomos, intituladas, *Discursos críticos sobre las leyes y sus intérpretes*, *Dios y la Naturaleza*, y otras composiciones, algunas de las cuales, por desgracia para las letras patrias, son actualmente desconocidas.

Tal os, en síntesis extrema, el hombre cuyas virtudes y sabiduría celebraba, sois años há, la ciudad del Miño.

III

Consecuencia de aquellas fiestas, para todos cuantos las presenciamos inolvidables, fué el que se proyectase restablecer en la capital lucense, la antes citada *Sociedad Económica*. ¡Hermosa manera de enaltecer el recuerdo del varón que tanto pugnó por conseguir el bien, siempre relativo, de sus semejantes! Pero apenas se restableció, disolvióse centro tan benéfico al soplo de la impura discordia.

Posteriormente indicó un distinguido periodista gallego la conveniencia de que se erigiese una estatua á *El Misericordioso*; idea plausible que apoyaron varios periódicos; más, hasta ahora al menos, en vano.

Galicia, patria adorada, patria del alma, ensueño de mis ensueños, ¿cuándo tu postración y tu abatimiento concluirán? ¿Cuándo te levantarás como se levantó Lázaro á la voz del Cristo?

Yo, que en mi conciencia tengo un altar consagrado á la honradez y al genio, cualesquiera que sean los políticos y religiosos ideales de éste; yo, al trazar estas líneas humildísimas, hago votos porque Lugo, sacudiendo su proverbial indiferencia, siga el ejemplo que le ofrece Orense con su entusiasmo por el eximio P. Feijoo, coronando cumplidamente la obra que en 1881 dedicó al doctor Castro.

¡Ay de los pueblos que se olvidan de sus propias glorias!

MANUEL CASTRO LÓPEZ.

Lugo, 1887.



GALLEGADA

(TRADICIÔS, COSTUMES, TIPOS E CONTOS D'A TERRIÑA.

La sola condición de estar escrito en el dialecto regional, avalora el libro que tenemos á la vista, y el nombre de su autor, abrillantado por bien adquiridas celebridades, fía al sabroso manjar literario que ofrecen sus páginas.

Valentín Lamas Carvajal, su autor, poeta de potísimos vuelos, y gallego á carta cabal, pertenece al número de los escritores que más conspicua y exaltadamente se han señalado en la prolífica labor de nuestro encumbriamiento literario, en época en que, para quebrantar los hielos y domar las rebeldías del público, era menester, á más del blindaje de las tenacidades de espíritu para resistir los desmayos y los descorazonamientos, esgrimir la pluma á guisa de herramienta demoledora, ya que solo á fuerza de martillazos podíase derrumbar la montaña de las indiferencias populares, contra la que, trás el inaudito esfuerzo, estrellábanse ideólogos y visionarios.

Seis lustros atrás, no más que seis lustros, Galicia literaria era un mendigo sin ventura, que ostentaba más por mofa que por gallardía, en el andrajoso capisayo, como dudosos trofeos de gloria, las ternezas eróticas de sus Macías y sus Rodríguez del Padrón: un girón de brocado zurcido á sus remiendos

de estopa... ¡Suponed cuán ahincado el colosal esfuerzo, cuán difícil la laboriosa jornada, cuán despacioso el ascenso y cuán bien ganadas las hojas de laurel que el mendigo de entonces lleva ogaño ceñidas á las remozadas sienes!...

Poetas y escritores gallegos, desperdigados aquí y allá, sólos, sin el acicate del estímulo ni la esperanza del premio; víctimas del más soberano de los desprecios; desconocidos fuera y dentro; azotados en pleno rostro por el viento de la indiferencia; á caza de ideales vagamente determinados; sin rumbo ni oriente: caminando á ciegas; presintiendo el alba de lo porvenir, más que por conscientes movimientos del espíritu, por divinas intuiciones de la fantasía; suicidas unos, trás el azar de la corrida aventura, como enfermos incurables de la nostalgia de la gloria y del aplauso; muertos otros en medio del arroyo ó en las lóbregas crugías de los hospitales; osados, entusiastas, audaces todos, con las indomables audacias del genio, abrieron ¡Dios sabe á que precio de inenarrables aventuras! estos cáuces amplísimos por donde hoy se precipitan, exhuberantes y magestuosas, las corrientes literarias de nuestro país.

Los nombres de esos iluminados, de esos precursores, andan en labios de todos y no preciso mencionarlos ahora. Trás ellos vinieron los Camino y los Aguirre, los García Mosquera y los Añón, los Vicetto y Vesteiro, los Muruais y Saco, los Curros y Losada, los Murguía y Vicenti, las Coronado y Pardo Bazán, y destacándose entre todos, enérgicamente luminosa, la figura colosal de Rosalía Castro; y, á Dios gracias, estos nombres, por virtud de la profunda transformación obrada en nuestras cosas y en nuestras costumbres, no están destinados á desaparecer borrados por el polvo del olvido, sinó á gozar de perdurable celebridad en la historia literaria de Galicia.

«Somos de ayer y llenamos ya la tierra gallega,» pudieran decir nuestros poetas, modificando la célebre frase, olvidada de puro sabida.

Dicho esto, no parecerán extremados los transportes de júbilo y de legítimo orgullo con que acojemos en toda hora los nuevos libros galicianos, paraninfos de buenas nuevas y mensajeros de lozanas esperanzas.

Hablemos de Carvajal, ya que su nombre no va á la cola sinó en medio de los más exclarecidos. Sus libros gallegos son, de antiguo, familiares compañeros de los amantes de las buenas letras y de los que, sin curarse de retóricos achaques, buscan en el poeta algo á modo de confidente íntimo, y en los versos *d'a terraña*, vehículos de los propios entusiasmos y de los personales afectos. *Saudades* y *Espiñas*, *follas é frores*, proporcionaron á su autor tanta gloria como poco dinero, cosa esta última no insólita en Galicia, donde se han apollillado cómodamente en los estantes de las librerías los hermosos versos de Alfredo Vicenti; donde, por todo hacer, se hicieron un par

de ediciones de las obras poéticas de Aguirre Galarraza, y donde nuestros literatos, para ocurrir á la voracidad de los impresores gallegos, han menester amigar mañosamente con oscuros diputadillos rurales, á fin de que, á regañadientes y á modo de limosna, se les arroje un puñado de cuartos desde las empingorotadas poltronas de una Asamblea provincial.

Casi lo mismo que acontece en Francia, donde los escritores viven en magníficos hoteles *suyos*, y pasean en lujosos carruajes *suyos*, y disfrutan considerables rentas *suyas*.

La prosa que hoy nos ofrece Carvajal en su libro *Gallegada*, fresca, fluida, graciosa y retozona, sirve de gallarda envoltura á una narración sana, sin encrucijadas indecorosas; obra del verdadero realismo, sin toques grotescos; sátira sutil y viva, sin pujos cáusticos; y predominantes notas cómicas, sin dejes de cantinas, ni chafarinones de vulgar y adocenada chocarrería.

Esto á parte, *Gallegada* ofrece copia tan fidelísima de cuanto vemos, oímos y... iba á decir palpamos, á nuestro lado, en la fèria y en la romería, en la aldea y en el campo, que, á vuelta de sus primores de estilo, constituye una hermosa vista panorámica, hecha con el tono caliente y agradable de las cosas rústicas y de los cuadros campesinos.

Difícil señalar el mejor ni más saliente capítulo, puesto que por igual se reparten en el tomo las pinceladas maestras y los golpes de ingenio; el claro oscuro y el colorido.

Esta obra véndese en la redacción de *El Eco de Orense*. Cuantos quieran gozar de los placeres de una buena lectura, cómprenla, seguros de que, hablando, ó mejor dicho, escribiendo en términos evangélicos, recibirán *ciento por uno*.

A. GARCÍA FERREIRO.

Orense.





A LOITA DE COVADONGA

(Arremate).

Os soldados cristianos ante tal chea de mouros ò julistas que chegaban á douscentos mil, abrayaron. E tiñan causa pra elo, posto que pra cada español había vinte árabes bñ armados, e dos nosos atopaban-se moitos sin mais defensa que bisarmas, fungueiros, físgas ou mócas.

Don Payo animounos o que puido; meteuse el na cova con cantos fidalgos couperon nela, repartíndose os demais nas beiras e espaldas da burata en número de dous mil, armados e aparelados como póde supoerse, posto que todos os defensores d'aquel curruncho eran da illustreza e formaban a fror da nobreza española.

O resto do cativo exército en número de nove mil homes, mal armados, pro esforzados e valentes, púxose á as espaldas da cova en lugares adrede pra protexer a recuada dos seus defensores no caso, sempre porbabel d'unha derrota, dada a aventaxa numereca do anamigo.

Atopábanse con don Payo, Lupo Calvo, señor do val de Lemos c'os seus homes d'armas; o conde Sona Fernandes de Temes, señor das Mariñas de Betanzos, c'os seus homes d'armas; o capitán Sunifredo Fernandes, hirmán do dito; Roderico Fernandes d'Ulloa; Gonzalvo Nuñes Valarico; Guzman, señor de Gondomar e capitán da gente de Tuy, co-esta e os seus homes d'armas; Garci Lopes Sarmento, señor de Bretoña; Garci Fernandes de

Temes, que morreu na peleia; Sorrés Fernandes de Soutomor de Saavedra, co-as tropas de Lugo; Sancho de Silva, señor d'Entre Douro e Miño, con gente d'aquela terra; Gotier de Silva, o seu hirmán; Sancho de Sandoval, c'os seus homes d'armas; Sancho do Val; Fernando de Temes; Gonzalo Muñis de Valladares; Garci Fernandes d'España, o seu hirmán Rodrigo Anes do Camiño, e o seu pai Ataulfo d'España; Frayo Ferrandes de Castro, señor de Proenza, cunhado de Payo, e o seu hirmán Lope de Lemos; Sancho Dias do Caamaño, señor de Noya; os bispos d'Ourense e d'Iria; o conde Jan Osorio, señor de Babia e Buirón e outros moitos presonaxes galegos.

Galicia pois, taba ben arrepresentada en Covadonga po-l-os seus fillos mais illustres, que era a maioría da corte cristiana, guerreiros valentes que asperaban ter ocasion pra vingar o do Gadalete.

Diante por diante os dous exércetos, os árabes fose por cursidá, cortesía ou comenencia, ou c'o agallo d'abrayar aos cristianos co-a sua chea d'homes camelos e alefantes, ou por non facer derramamento de sangue intimaron á don Payo a rendizon, posto que, segun eles, solo podía ter mentes á a morte co-as suas diebles forzas.

Don Opas foi o encarregado de propoñe-l-a pas que foi desprezada con olladas e falas carraxöntas po-l-os nosos guerreiros. Daquela o traizonante pradioú á os mouros e díxolles: «Este home aquí s'atopa pechado e ja desasperado e persevera no seu mal. Ide á a cova, e peleade, pois non sendo con armas non podemos asovallalo.» (1)

Daquela encomenzou a famosa loita cuya lembranza durará o que duren os seculos. A o instante se votou de ver o pouco siso dos capitás árabes e a sabenza guerreira dos nosos; pois os mouros, atoados na fondura, e arre-muiñados c'o seu propio número e c'os camelos e alefantes non podían remexerse, e aquelados de cara e po-l-as bandas con frechas e grandes pelouros que os cristianos botaban d'esd'o curuto, todo foi atolladura e degolo. Os seus mesmos dardos recuaban nas pedras e virándose contra d'eles facían-lles infinitas baixas: así finaron á milleiros. Morreron moitos gefes e os mouros encomenzaron á amainar.

Caeu Sulimán sin vida e d'estonce Alkamak, desalentado de ves, ordeou a recuada, coidando coller o fondal do monte Auseva, recuada que foi pra os árabes máis cara que o carraxento do combate, porque cansados de loitar todo o dia e cheos de fame e de acoramento, estalon á a tardía unha brava treboada. O esboirar dos tronos, a chuvia que cabía á chuzos, as penas e töros que de todas bandas viñan enriba dos mouros, o chan mól e escorredizo que facía escorrer á todos privando-os de fugir: as augas, ademais das do

(1) Corónica de Alifonso o Sabio.

medrado río, corrian por aquelas brañas barrendo canto atopaban por diante e parecía aquilo a fin.

Payo daquela decatouse con ledicia que as suas contas saíran ben e que os mouros taban entranfullados. Cuidou chegado o instante de saír da burata c'os seus bravos cabaleiros e caendo todos enriba do anamigo coa forza d'un trebon, matan e degolan sin dor todo o que atopan por diante. E como si esto non fôra abondo para compretar a vitoria con tan bos empezos, síntese de súbito un tremor de terra: regaña o chan e engole inteiro entonando debaixo das augas un numaroso corpo musulman, que fuginde escagallado, dirixíase a os souts de Liébana, e ósos e armas foron aparecendo durante algunchos seculos a o arrematarse as arriadas da invernía.

A mortandade dos mouros foi unha espantosidá. Morreu Alkamak e case todol-os gefes. Cento vinte mil homes pereceron na batalla e sesenta e tres mil na fugida. Estes derradeiros estouparon fuginde e outros afogaron no Deva. As perdas dos cristianos non foron cousa.

Quedaron prisioneiros don Opas o traizonante, aquel *maldito tixon do inferno* como lle chamaba Payo; o bispo arrenegado Torisio e todos os capitás que non morreran na loita. Os guerreiros españoles portáronse todos como liós, coma que alí se jogaba a sorte do país. Distinguíronse con todo, entra outros, o mesmo don Payo, Roderico d'Ulloa e Sancho de Silva.

Os mesmos hestoriantes árabes non desemulan que foi grande o degolo e fan justicia a o esprito, sabenza e braveza do fillo de Tuy *Belay-el-Rumi* (Payo o romano) como eles lle chamaban.

Ajuntado consello pra tratar dos prisioneiros acordouse que trincados a o rabo de catro poldros bravos fosen feitos cuartos, e aínda que o bispo d'Iria era en contra, puido mais o voto dos outros cabaleiros e don Opas e os demais julistas perderon a vida neste cruo e doroso suplicio.

Tal foi a gloriosa batalla de Covadonga. Nela non houbo, como din os *Cronicós*, milagre nin intervencion divina: foi solo ganada po-l-o bon siso e braveza do rei Payo e da fidalguía galega, (1) e unha das mais asiñaladas da nosa hestoria aínda que se rebaixen algús milleiros a o número dos anamigos arrumbado eicais na ledicia d'aquél instante.

F. DE VAAMONDE.

(1) Galicia n-aquel tempo collía a de hoje, e ademais Esturias, Lion e parte de Portugal.



LA ACENA ⁽¹⁾

VIII

El mayorazgo de la Pavanza comenzaba á impacientarse: arrojó la colilla, cambió de posición las piernas, y alargando el brazo, cogió un tallito de zarza que se puso á triturar con los dientes; la pierna que cabalgaba agitábase encima de la otra con violencia.

A cada muchacha que pasaba sonreía el señorito de una manera singular, que recordaba el sonreír de los borregos en ciertas ocasiones, y de sus párpados medio entornados despedía miradas que indicaban el estado de su ánimo.

—Buenas tardes—decíanle las gentes al pasar; y algunas sonreían con sorna, diciendo entre dientes: Hoy no pega!...

Don Fabián contestaba indiferente; pero cuando la que pasaba era una campesina joven y de regular palmito, retozábale algo en el cuerpo y decía-le con voz meliflua:

—Buenas tardes, buena moza.

—A las veces ando por entre ellas.

—Tú serás siempre la mejor.

—Cuando no hay otras.

—Si necesitas ayuda para bajar el saco, yo te la doy de buena gana.

—No, señor; muchas gracias: sería muy grande servidor para tan ruin amo.

(1) Véase el número 8.

—No repares en eso.

—¡Ave María! ¿No he de reparar?

—A las muchachas bonitas se las sirve siempre con gusto.

—Pero al presente no se da caso.

—Tú les pones la raya á todas.

—¡Qué divertido de señorito! Creo que espera algo y, mientras, quiere divertirse á cuenta mia.

En efecto, en estos coloquios hacía tiempo el mayorazgo á que Carmela se dejase ver de sus lascivos ojos.

—Muy soberbia vas—dijo á una moza que pasaba sin saludarle.

—Como ya comienza á oscurecer, no le conocía sinó me habla, señorito—contestó la interpelada con aire malicioso.

—¿A qué vienes? ¿Quién te manda de estas horas por aquí?—preguntó de mal humor el señorito Fabián al reconocer á su criada.

—Me mandó la señora—contestó con socarronería la criada—que viniera á ver si está pronta la harina, porque se acabó el pan y hay que cocer. Ya hace dos días que *andamos á bicas* con harina prestada.

—¡Vaya unas horas!...

—Señorito, yo hago lo que me mandan.

La criada entró en el molino poniendo la mano en la boca para ocultar la risa. Cuando se volvía le dijo el mayorazgo:

—Cállate el pico, y cuidado con decir nada á la señora que me has visto.

—Tengo buena gana de decirle nada!—dijo alejándose, y luego añadió para su sayo: ¡Si tuviera juicio, mejor le fuera!

Apareció luego un muchacho redrojo y con buena pinta de pillastre: traía un *fol* á la cabeza lleno de grano, y caminaba con desembarazo, dando á los dientes ocupación con lo que quitaba en cada mordisco de un grueso pedazo de brona, apresado en la mano derecha.

—Oye tú—gritóle don Fabián.

—¿Qué me quería?

—Toma dos cuartos.

El muchacho se bajó con el *fol* en la cabeza á cojer la moneda, sin dar las gracias y sin dejar de triturar el zoquete.

—Ven acá—volvió á decirle el señorito.

—¿Qué me quiere?—repitió el rapáz.

—Anda, mira si Carmela está en casa.

—¿Y que le quiere?

—Haz lo que te mando.

—Ora!... Y usted que está ahí no ha de saber si Carmela está en casa!...—dijo el muchacho con alguna simpleza y otro poco desconfiado.

—Dile que me traiga una jarra de agua para beber, borrico!

—Yo voy á buscársela—manifestó con presteza, echando el *fol* á tierra.

—No seas zopenco, estúpido! Haz lo que te mando.

—¿Y que más tiene?—replicó un tanto admirado y de nuevo picado de desconfianza.

—Anda de una vez, bodoque!

Metiendo un nuevo bocado entre los dientes, y mirando de soslayo al mayorazgo, se dirigió á la puerta de la vivienda de los molineros, y sin acabar de engullir, púsose á dar voces.

—¡Tío Ramón! ¡Tío Ramón! ¡Ay, tío Ramón!

—Llama por Carmela, bestia.

—¡Ora, que más tiene!... ¡Ay, tía Gertrudis!

—Llama por Carmela, ó te reviento, animal!

—¡Ora, que más tiene!... ¿No quiere agua?

Ya se disponía don Fabián á levantar el pie con intención de arrimar al galopín un buen *metido*, cuando la hija del tío Ramón gritó desde dentro.

—¿Que se te ofrece Chuco? ¿Por qué gritas?

—Hummm!... Este señor me quería pegar... Dice que tiene mucha sed!... Hummm!... Que *demo* de...

—Pues no pasará grande necesidad, que el río está bien cerca y lleva agua á hartar.

—Es verdad. Pero quiere que á la fuerza se la traigas tu... Hummm!...

—¡Vaya por el antojol!

Y á los pocos momentos apareció Carmela en el dintel de la puerta con una jarra de barro vidriado en la mano.

—Ah, es usted, señor don Fabián!...

—Yo soy, Carmela.

—Haga el favor de esperar un poquito, que voy á buscarle el agua fresquita.

—No vayas. Tú bien sabes que la sed que yo tengo no se apaga con toda el agua que pasa por la presa.

—¡Caramba! ¡Es buena sed entónce!

—Mira que aderezo tan rico.

—Es muy bonito.

—Tómale, Carmela.

—Jesús María! muchas gracias, señorito. Yo no merezco estas riquezas ni usted tiene porque dármelas. Además, su señora podría ser sabedora si se diese el caso que el diablo me tentara á cogérselo. Dios me libre de semejante cosa! ¡Y buena es ella para perdonarle el que usted se ande con tales regalos! Y la verdad es que yo en su pelleja también poco perdonaría.

—Cá, mujer, si mi señora es una santa. No te importe que lo sepa; que no lo sabrá, ¿quién ha de ir á decírselo?

—Todo se sabe; desengáñese don Fabián, que el diablo es tendero, y es preciso andar con el pie derecho.

—Vamos! Tómale, Carmela.

—Ay, no señor, no: guárdelo para su señora, que mejor lo caerá á ella que á mí, que no tengo que acompañarle.

—¿Qué no has de tener, Carmela? Todo cuanto deseas lo alcanzarás tú de mí. Mira: ya mandé hacer, para ti, una muradana que ha de ser la envidia de todas las mozas de esta tierra.

—¿Quiere ó no quiere el agua?

—Lo que yo quiero, Carmela, bien lo sabes.

—Bah! déjese de esos cuentos. Yo no soy merecedora de tan grande caballero, y usted no debe de bajarse á mi pobreza: cada uno con su igual, y cada oveja con su pareja, como dijo el otro.

—Escucha, no te vayas.

—Mire; usted quiere *parola*, y yo tengo poca gana de *lerias*; que tengo que hacer.

—Escucha: me han dicho que te casas.

—No le han engañado: esta noche son los conciertos.

—Eso no impide que me quieras á mí.

—¡Dios me libre, no señor! ¿Por qué le he de querer mal á nadie?

—Y tu Blas ¿por donde anda? Es muy buen mozo y excelente muchacho. Yo le quiero bien. ¿Cuánto tiempo hace que os entendéis? ¿No tiene por ahí otra amiga? Mucho lo dudo.

Carmela dejó la jarra en la piedra de la ventana y se sentó al lado de Fabián para hablar de su amante, que era conversación aquella que la refrigeraba el alma; y mucho más la interesaba después de haber mordido incautamente el sutil aguijón que el mayorazgo supo deslizar en las palabras que acababa de decirle.

IX

Carmela era un vigoroso retoño de la raza del Lacio, en toda su pureza, aquí trasplantada con éxito en aquellos tiempos en que la loba de Rómulo bostezaba de harta y hacía estremecer al Universo con sus ferales ahullidos.

Cual Juno, severa, y como Diana dulce, tenía encendidas en sus ojos zarzozos las luces de la aurora, y en sus pestañas se movían las frescas alas de los genecillos que derraman el primaveral rocío; reía como cuentan que Amarilis reía á los pastores; lloraba con la voz un llanto como el que Lamartine oyó en la voz de Genoveva, y eran sus labios grosezuelos como los de la incomparable Melibea.

Larga de donaire y cortita de saya—lo mismo que la Hero que Trueba pinta—al sentarse en el banco de piedra, al lado de Fabián, dejó al aire, desmaliciada, una pantorrilla, que á estar al lado de Dorotea, la de Sierra Morena, menos hubieran mirado las de ésta que para las de Carmela los ojos piadosos del cura y los profanos ojos del barbero.

Como la tarde estaba calurosa y apetecía el cuerpo fresco, vestía sencillamente blanquísima camisa de lino de holgadas mangas, sujetas al puño por estrecha tira de lo mismo abotonada, donde se plegaba en menudísimo frunce. Estas mangas de nivea blancura y extremada amplitud, dábanle cierta semejanza con sendas alas de alba paloma. Ceñíale el talle justillo corto de tela adamascada, dejando el opulento seno, sin diques de trapo, ondular con desahogo bajo el plegado lienzo de la camisa cual ola que se extiende y se recoge, llena de rumores, en dulce movimiento, sobre la blanda arena de la playa. Una roja serpiente de gruesas cuentas de coral imitado enroscábase á su garganta marmórea, y prendidas de aquélla colgaban sobre el pecho de la campesina un San Miguel de plata—grande enemigo del diablo—y cinco ó seis patenas, con cuyo atavío traía á la memoria á Jimena cuando sus desposorios con el mío Cid. Semejaban estos dijes seres animados, genecillos del amor, latiendo sobre el seno de Carmela cuando la oleada de la sangre llenaba aquel golfo de venturas, ó cuando la resaca de opulenta vida la deprimía en dulce movimiento. Con este sencillo traje, con el gayo pañuelo anudado á la gentil cabeza, y con las gracias naturales que poseía, tenía no escasa semejanza con la ribereña del Tiber, en hermoso lienzo idealizada por Schlesinger, prestando marcado relieve á este parecido artístico la dulce simpatía que se desprendía del conjunto de su persona, manantial vivo de codiciados hechizos y de gratísimo embeleso.



Cuando la hija de los molineros y Fabián estaban más embelesados en su coloquio, ella deleitándose con los recuerdos de Blas, y Fabián procurando recabar, aunque fuera por fraudulentos modos, una parte del cariño que la

hermosa labradora manifestaba por su novio, el mayorazgo de la Pavana, aprovechando el entusiasmo de Carmela, rodeó la cintura de la muchacha en un movimiento repentino, y en la mejilla de la aldeana estalló un beso, seguido de otro estallido que la mano de la hija del tío Ramón produjo al azotar con rabia la cara del atrevido señorito.

La mata de los saúcos agitóse con violencia y al poco rato resonó dentro de la habitación de los molineros un recio golpe.

Fabían se levantó inquieto y contrariado, y Carmela corrió á ver lo que había sucedido.

—¡Tú aquí!— exclamó llena de asombro al encontrarse con Blas hecho una furia.

—Todo lo he oído—dijo el campesino con aire amenazador.

—¿Y qué has oído?—preguntó Carmela muy inquieta.

—¡Todo lo he visto!—volvió á decir Blas apretando los puños.

—Pero, qué has visto, hombre?

—Eres una..... toño!

—Jesús, Ave-María!

—Entre los saúcos estaba observándolo todo!...

—¡Quién me diera adivinar que estabas tan cerca!...

—Por qué te has sentado al lado de ese?...

—Me hablaba de tí...—y Carmela comenzó á llorar.

—No me vengas con lloriqueos. ¿Por qué te has dejado coger?

—Si no me he dejado, hombre!

—Y por qué consentiste que te besase?

—Pero atiende...

—Ganas me dan de matarte aquí mismo, toño.

—¡Dios me valga!

—Voy á matar á ese tunante, toño!

—Sosiega, hombre, que le detesto.

—Buena eres tú.

—Pero, hombre, por Dios!...

—A tí y á él voy á daros los peros, retoño!

—Ven acá, querido Blas, ¿qué quieres hacer?

Blas miró á Carmela con la fijeza que da á los ojos una preocupación profunda.

—¿Qué quieres hacer, Blás?—repitió la hija del tío Ramón, echando los brazos al cuello de su amado y acariciándole con la mirada.

—Pues bien—dijo Blas—voy á decírtelo.

—Dí, y no me mires más de ese modo que me das mucho miedo.

—Y si no me obedeces...—clamó Blás haciendo un gesto de amonaza.

—Bueno, te obedeceré. Pero no me amenes, porque me harás huir de tí, y esto me causará mucha pena.

—Vas á darle una cita á ese señoritillo.

Carmela quedó estupefacta.

—No te pares en escrúpulos: yo lo mando.

—¡Virgen Santísima, que susto me causas! Nunca creí que tú, mi amor todo, fueras capaz de darme tanto miedo.

—Despacha y no me repliques. Mira que tengo la rabia. Anda á decir á ese ladrón que venga esta noche á verte por esa misma ventana que acabo yo de saltar.

—Estás loco, Blas.

—No me repliques, toño.

—Pero no ves que mi honra...

—Calla, retoño!

—¡Ay, Blas!...

—Nadie sabrá nada. Tú déjame á mi y haz lo que te mando, retoño!

El campesino dijo estas últimas palabras en un grado tal de exasperación y con tanta fiereza, que Carmela, subyugada, limpióse las lágrimas con el mandil y salió á la puerta dispuesta á obedecer ciegamente sin darse cuenta de lo que hacía.

El mayorazgo que estaba oculto á cierta distancia esperando el resultado de aquella aventura, así que vio acercarse á la hija del tío Ramón, acercóse algo receloso. Cambiaron algunas palabras y, por último, Carmela se quedó llorando y alejóse Fabián muy satisfecho, dando á aquellas lágrimas la explicación que mejor cuadraba á su amor propio de hombre irresistible.

XI

Blas saltó de nuevo la ventana, bajó al boquete de las aguas, y después de un buen rato, apareció muy contento al lado de su novia.

—Ya está la trampa armada—dijo riendo.

—¿Qué trampa?—preguntó la campesina muy asustada.

—Para coger al garduña.

—¿Y si se ahoga?—observó Carmela cada vez más aturdida.

—¡Lástima le tienes, toño! Eso de ahogarse queda de su cuenta.

GALICIA, —OCTUBRE, 1887. —T. I. —V. II. —NÚM. 10.

—Tú no sabes lo que haces. Estás loco, Blas. Mira que el cielo y la justicia castigan.

—Sosiega. La reja, que detiene los garabatos que arrastra el río, mejor detendrá al señor mayorazgo, que es bicho gordo.

—Dios mío, Dios mío!...—clamaba Carmela á más no poder.

—Bah, bah! Cállate de una vez. Dime ¿qué le has dicho?

—¿Que sé yo?

—¿Pero no le has citado por la ventana?

—No sé.

—¿Pero no le has citado para esta noche?

—No sé.

—¡Toño! ¡retoño!—Y Blas apretaba los puños como un demente. Y en verdad, loco furioso, agarró á su novia por los brazos y la sacudió con tal ímpetu, que la muchacha lanzó un grito y cayó desplomada al suelo.

XII

Cuanto acabamos de referir sucedió en brevísimo tiempo.

El crepúsculo de la tarde había terminado y comenzaba á correr la primera hora de la noche.

Carmela y Blas, sentados en el banco de piedra, él, ciñendo el talle de su novia con un brazo y ella con la desmadejada cabeza reclinada en el hombro de su amado, hacían presumir que á la borrasca siguió una dulce reconciliación. Y como acontece siempre que las impresiones del espíritu son profundas ó violentas, la lengua de nuestros enamorados no tenía que decir. Callados se estrechaban y callados sentían, uno sobre el otro, la fuerza irresistible de una atracción que fundía sus almas en una sola voluntad, en un solo deseo...

La presa arrullaba aquellos corazones dichosos llenando el aire con sempiternos rumores. El ambiente llegaba al pulmón, tibio y perfumado. Lucían las estrellas con un brillo clarísimo. Por la punta de los molinos salía un zumbido soñoliento producido por las muelas en su rápido voltear, mezclado con el sordo redoble de la tolva: rumores y zumbidos en cuyas vagas palpitaciones se oía la voz confusa y misteriosa de la hada protagonista de las consejas de la aceña.—Era un dúo de amor que la tentación acompañaba con un coro delicioso de voces misteriosas.

El tío Ramón y su mujer ya no debían tardar de vuelta de sus ocupaciones campestres. Llegaron, en efecto, y con ellos los padres de Blas. Los demás amigos no tardaron tampoco en acudir al cumplimiento de cita tan solemne.

Cuando el número de los invitados estuvo completo, entraron al departamento de los molineros, y comenzó el arreglo de las dotes, ó mas bien, la sanción *oficial* de lo convenido en anteriores y repetidas *conferencias*.

Conformes en el objeto de tan memorable concilio—donde nadie *hizo* un mal discurso,—la señora Gertrudis, consorte del molinero, y su diligente hija sirvieron abundante vino y una dorada empanada de anguilas, cogidas en el río por el tío Ramón; y ratificaron el contrato por medio de este *alboroque*, quedando señalado el día para celebrar los desposorios. Los padres de los prometidos comenzaron, desde aquel momento, á tratarse ceremoniosamente de *usted*, como es de cortés costumbre entre consuegros.

En esto estaban los contratantes y testigos, cuando, en el departamento de los molineros, promoviósse nutrido vocerío y algarazara muy ruidosa.

JOSÉ OJEA.

(Continuará.)





CRÍTICA LITERARIA

PERUCHO, *poema en seis cantos*, por Ramón Pérez Costales, con un prólogo de Emilia Pardo Bazán. *Edición ilustrada*.—Un folleto (XVI-54 páginas) en 4.º—Coruña: imprenta de José Miguez Peinó y H., 1887. *Precio, una peseta cincuenta céntimos*. (Se halla de venta en la librería de Martínez, Luchana, 16, La Coruña.)

La noticia me ha sorprendido agradablemente y, al propio tiempo, ha mortificado un poco mi amor propio. ¡Cómo! Hace más de veinte años que conozco al señor Pérez Costales, somos correligionarios de antiguo, hasta me honra con el título de amigo, ¿y salimos ahora con que es poeta y con que yo no lo sabía?—He tenido siempre á Pérez Costales por demócrata sincero y republicano federal convencido; por médico excelente y hombre de ciencia estudioso; sé que posee nobles sentimientos y que es buen amigo; sé también que ha sido diputado constituyente y que desempeñó, por poco tiempo, la cartera de Fomento; no sabía nada más: creía yo sabérmelo todo, y ahora salimos con que no sabía de la misa la media. Sr. D. Ramón, esas cosas no deben ocultarse á los amigos.

La cosa no me asombra porque admita yo la vulgar creencia, tan generalizada como absurda, de que existe incompatibilidad entre la ciencia y la poesía; de que la inteligencia solamente adquiere desarrollo á expensas de la sensibilidad y viceversa; yo he creído siempre todo lo contrario: el desarrollo de la inteligencia y la perfección de la sensibilidad, son simultáneos; el que entiende más, siente mejor; á todo entendimiento cultivado

acompaña necesariamente un sentimiento exquisito; muy lejos, por lo tanto, de hallar motivo de asombro en que un matemático eminente sea poeta insigne; en que un gran médico sea al propio tiempo un gran artista; ontendido, por el contrario, que esto es lo natural, que así debe suceder, y que lo excepcional y lo extraordinario es que suceda de otro modo; no conozco un artista que no sea poeta; no conozco á un hombre de ciencia que no sea artista; y no concibo un sabio que no sienta la belleza con más intensidad que los ignorantes más sensibles; esto que afirma la razón, se halla confirmado por la experiencia.

De pocos sabios puedo asegurarse con justicia que no hayan sido poetas; á pocos poetas (si lo son de verdad, no los confundamos con los poetas de similor), pueden negarse aptitudes especiales para el estudio de las ciencias. Si hay sabios que no se hayan manifestado como poetas, si hay poetas que no hayan podido hacerse sabios, será debido esto á circunstancias accidentales de la existencia, como falta de tiempo, escasez de recursos, desconfianzas de la modestia, lo que fuere; pero de todas suertes, á poco que raspeis en la superficie de un sabio, hallareis al artista, y á poco que profundiceis en la obra del artista, hallareis la levadura del sabio; y cuando esto no sucede, el artista es menos artista y el sabio es menos sabio de lo que deben ser.

He dicho todo esto, en primer lugar, porque me ha parecido conveniente; pues entre las muchas cosas que me disgustan, es una de ellas ésta de oír frecuentemente: «hombre, ha visto usted que cosa más rara? Fulano, que escribe obras de medicina, escribe novelas; Mengano, que explica matemáticas, hace dramas, ¡qué dos aficiones más antitéticas!»—Pues, no señor, no son antitéticas, no hay motivo alguno para que lo sean; y lo he dicho también para venir á parar á lo que antes manifesté, es, á saber: que mi extrañeza, cuando supe que el reputado médico Pérez Costales era poeta, no se fundaba en que á mí me pareciese incompatible el ejercicio de la medicina con el cultivo de las musas, sino en que sus amigos de por acá lo hubiésemos ignorado hasta ahora.

Pero, el vulgo lo dice; *más vale tarde que nunca y nunca es tarde si la dicha es buena*; el poema en seis cantos *Perucho* ha sido el encargado de darme la noticia, y por cierto que ha cumplido su encargo muy á gusto mío; pues, á más de que el poema por sí solo es un trabajo literario en que las bellezas abundan, viene acompañado por un prólogo de Emilia Pardo Bazán; obra llena de primores, como todo lo que sale de la inimitable pluma del autor de *Los Pazos de Ulloa* y de *Un viaje de novios*, y para que ningún atractivo faltase á tan grata visita, el laborioso é inteligente editor de la Coruña, *Andrés Martínez*, ha puesto, por lo que se vé, decidido em-

peño en que la parte material y de ilustración del continente corresponda al mérito del contenido, y lo ha logrado; con lo cual está dicho que las condiciones tipográficas del libro nada dejan que desear á los más exigentes y descontentadizos.

El prólogo de Emilia Pardo Bazán, lo he dicho antes, es como suyo; échase de ver que está escrito a la ligera, más como carta dirigida al amigo, que como advertencia enderezada al escritor; pero como cuanto dice y escribe Emilia Pardo Bazán, aunque ella misma no lo pretenda, encierra provechosa enseñanza y excelente doctrina, hay en el prólogo, que es de muy pocas páginas, prudentes consejos, observaciones profundas y muy atinadas consideraciones, cuya lectura parece muy conveniente, y no sé si diga muy necesaria—si lo digo, ea—para la nueva generación literaria, tan enemiga, al parecer, de los idealismos, ¡como si fuera de ellos pudiera existir arte! Algo dice la insigne escritora relativo á las ideas y principios políticos de Pérez Costales—que son también los míos—que no me parece bueno, ni mediano siquiera, y á lo que yo celebraría replicar: por desgracia, ni el sitio ni la ocasión me permiten ese desahogo, y he de contentarme con dejar sentada, en toda forma, mi protesta; conste, para su día, que he protestado; y paso adelante reproduciendo las últimas líneas del prólogo á que me he referido:

«Nadie extrañará—dice la eminente prologuista—que al encabezar con un prólogo la obra de persona tan docta, útil y merecedora de consideración, como el Sr. Costales que, probablemente, ha salvado más vidas y prestado más servicios á la humanidad que canas peina (y no peina pocas), no lo haya tratado como principiante que se lanza á la carrera literaria, y al cual se le recomienda que lea autores, modifique ésto ó aquéllo, corrija aquí y enmiende acullá.

En el Sr. Costales, la poesía es ameno solaz, disfrutado á cuenta de horas heroicamente empleadas en beneficio de sus semejantes. Por eso he dado á estas páginas carácter íntimo, huyendo de tiquis miquis de crítica y retórica que parecerían en extremo pedantescos é importunos. El poema *Perucho*, versificado con facilidad y felicidad, sentido con viveza y reflejando algo de nuestras costumbres y hermosa campiña *marriñana*, será leído con deleite por los que conozcan la amena campiña que describe, y probará una vez más que en España las tareas más ímprobos y las profesiones más graves, no ahogan el sentimiento poético.»

Y reproducidas las palabras de Emilia Pardo Bazán, mi tarea queda reducida á manifestar conformidad absoluta con su respetable y autorizadísima opinión, y á reproducir algunos versos del poema, á fin de que los lectores de *La Opinión*, adquieran el convencimiento de que no son injustos los aplausos de la autora del prólogo, ni exageradas las alabanzas del redactor de esta noticia.

Véase cómo empieza el poema:

I

«Só yo un lugar de todos ignorado,
 Como que está escondido,
 Muy lejos de poblado,
 En un valle frondoso, circuido
 de montes erizados de pinares
 y de oscuros y espesos castañares.»

La descripción de ese *lugar escondido* es bellísima; está hondamente sentida y vigorosamente expresada; en la imposibilidad de copiarla toda, pues lo veda la falta de espacio, copio los versos con que termina, y que son, asimismo, los últimos del canto primero:

«Aquí la madre-selva entretejía
 Sus ramos trepadores,
 Con el verde laurel que circuía
 El prado orlado de amarillas flores.
 Allá la zarza-mora
 Formaba fuerte y natural vallado,
 Ostentando racimos tentadores,
 Su fruto, de los niños codiciado.
 De la hiedra invasora
 Adórnanse las piedras del cercado,
 Y sus junturas de una en otra aprieta
 Con la raíz que por doquier desliza,
 Y si un punto la hiedra lo respeta
 El musgo con su alfombra la tapiza.
 La modesta violeta
 Aprovecha un espacio entre una grieta
 Y uno su aroma al resedá oloroso,
 Mientras la digital se busca espacio
 Con su tallo gracioso,
 Sin miedo del zarzal á las espinas
 Ostentando sus flores purpurinas,
 Para nido de amor, regio palacio.

—
 Siguiendo mi jornada,
 Venzo la cuesta y ya traspongo el cerro;
 El ladrido del perro,
 Al terminarse un bosque de castaños,
 Me anuncia la casita de la aldea
 Por mí tan deseada,
 Donde tanto gocé todos los años.
 Ya percibo la blanca chimenea
 Que apenas da salida al humo denso
 Del tojo, que en el *lar* chisporrotea.

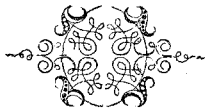
No; no es humo el que sale, es el incienso
Que dilatado en vaporosa nube
De gratitud sublime, al cielo sube
Como plegaria santa
Que del hogar del pobre se levanta.»

* * *

Bien á pesar mío renuncio á copiar más trozos del *Perucho*, poema en que el autor ha logrado, con gran fortuna, á mi juicio, desarrollar una acción sencillísima y exponer una idea generosa. La vida de *Perucho* es tan lastimosa como breve: la idea del autor es combatir la contribución de sangre.

Por el pensamiento fundamental, por la idea generatriz del trabajo y por su ejecución, merece mil plácemes el señor Costales; plácemes que yo le envío con toda mi alma, sin guardarle rencor por haber callado, durante tantos años, que sabe concebir y realizar tan lindos cuadros de costumbres y tan animados paisajes.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.





POR UN RETRATO

BOCETO COPIADO DEL NATURAL

POR

BENITO LOSADA ⁽¹⁾

XI

EL MAGYAR.

Los dos jóvenes, después de la entrevista, sentían un mismo pesar y un deseo idéntico: lamentaban la corta duración de aquel casual encuentro, y ansiaban volver á hallarse otra vez.

Felisa, al llegar á su casa, empezó á pensar de este modo:

—«Después de bien mirado, nada hubiera tenido de extraño el que estuviésemos juntos algún tiempo más. El Retiro es un sitio bien público para poder inspirar sospechas aun á los más maliciosos, y de existir interés entre nosotros no sería allí, por cierto, el paraje elegido para hablarnos. Además, la sociedad, que me cree culpable, poco más pudiera decir.

(1) Véase el núm. 9.

Cierto es que mi esposo pudiera llegar á saberlo y.... ¿pero no fué él la causa de todo lo ocurrido, de que el mundo me crea culpable?

¡Ojalá que no volviéramos á encontrarnos, pues no sé si tendré valor para despedirle. La verdad es que se ha separado de mí con pena, por complacerme solamente.

¡Ay! ¿Me amará acaso como dice Flora? ¡Dios mío, me asusta el pensarlo! ¿Comprenderá acaso que yo.... Pero no puedo ni debo acordarme de lo pasado. Mi deber así me lo ordena; trataré de olvidarle.

Mario, en extremo preocupado, se dirigió á su casa después de la entrevista; entró en su taller, cogió un cuadro que tenía cubierto con una cortina de damasco rojo, colocándolo sobre un caballete, y tomó asiento frente á un gran espejo que reproducía una imagen. El cuadro era el retrato de Felisa, admirablemente pintado y de un parecido exactísimo. Largo tiempo permaneció contemplándolo como un devoto á una virgen, y dejando luego el asiento, cargó la paleta y se puso á corregir el retrato. Nada tocó al rostro; limitándose á cambiar el traje color de rosa con que la había visto en el teatro, por otro negro que la joven vestía aquella mañana.

—Así está mejor, se dijo al terminar su trabajo: el traje negro hace resaltar más la belleza de su rostro. Así le he hablado y así quiero conservarla.

«Hasta otra vez, si el destino así lo dispone,» me ha dicho al estrechar mi mano. Sí, sí; el destino lo dispondrá para mi ventura.

Propúsose luego trabajar en otro cuadro que tenía empezado; pero inútilmente. Pintaba y borraba sin cesar, porque su mano, dirigida por su imaginación, no acertaba en aquel momento á pintar sinó al objeto que embargaba su alma.

Suspendió, pues, su trabajo, convencido de que era inútil continuarlo.

Preocupado pasó Mario todo aquel día, pensando en la entrevista con Felisa y buscando en su imaginación el medio más apropósito para poder verla, aun cuando no le fuese posible hablarla. Por fin llegó á encontrarlo, é impaciente esperó la llegada del nuevo día.

Un carruaje se dirigía á la siguiente mañana á la Casa de Campo, conduciendo á dos damas, y á alguna distancia otro que ocupaba un joven seguía la misma dirección. Iban en el primero Felisa y Flora; el segundo, innecesario es decir á quien conducía.

¿Era acaso debido á la casualidad el que ambos vehículos se dirigiesen á un mismo sitio?

Dijimos que Mario había decidido ver á la marquesita, y se propuso hacerlo, procurando no ser visto por ella. Muy temprano era cuando entró en su carruaje, llevando sus anteojos de campo, poniéndose en observación

á cierta distancia de la casa de Felisa, encargando á su cochero que en cuanto un carruaje que estaba á la puerta se pusiera en movimiento, le siguiese á alguna distancia.

La marquesita deseaba vivamente volver al Retiro, abrigando la esperanza de hallar nuevamente á Mario; pero su deber y su dignidad pudieron más que los impulsos de su alma, y determinó dirigirse á la Casa de Campo.

Allí llegaron las damas, y después de dar un corto paseo, fueron á tomar asiento cerca de una fuente.

Mario seguía sus movimientos; se aproximó por entre el follaje y, velado por un seto de boj, pudo mirar á su placer á la que amaba.

Después de haber dado otro paseo, Flora y Felisa se dirigieron á donde el carruaje las esperaba.

No era el artista demasiado práctico en intrigas amorosas; así es que no tuvo la precaución de dejar á alguna distancia su carruaje.

Los cocheros suelen ser más habladores y curiosos que las mujeres.

En cuanto llegaron las damas al punto en que el coche las esperaba, vieron otro, blasonado también, y se apresuraron á preguntar á su cochero á quien pertenecía; y al saber que era el de Mario, Felisa se estremeció.

—¿Ves cómo te sigue, y con que reserva? le dijo Flora.

—¡Qué! ¿le has visto, acaso?

—No por cierto; pero se conoce que nos ha seguido. La verdad es que ha obrado con extraordinaria prudencia.

—Es verdad, Flora, y esto me demuestra sus buenos sentimientos; siempre que su venida no obedezca á una mera casualidad.

—Segura estoy que tu corazón te dice lo contrario. Yo, sin ser la interesada, aseguro que nos ha seguido.

—Me alegre, aunque debiera sentirlo.

Varios días continuó Mario siendo *el Magyar* invisible de su retratada, hasta que una mañana en que paseaban las damas en el Retiro, quisieron descansar en un asiento medio oculto entre un seto.

Pasados algunos momentos, sintieron pasos, y el corazón de Felisa latió agitadamente. Pronto apareció delante de ellas Mario, que seguía sus pasos, y al verlas se detuvo sorprendido y las saludó.

Felisa no acertaba á articular una sola palabra, y Mario era víctima de la más viva emoción y sorpresa, pero Flora, que comprendió la situación de ambos, acudió en su ayuda, diciendo:

—Buenos días, Sr. Bosco; por casualidad volvemos á encontrarnos.

—Sí, señora; el destino lo permite así, con harto placer por mi parte; contestó Mario acentuando sus palabras.

Después de cambiar algunas frases, el artista se disponía á despedirse;



pero una de esas miradas, tan elocuentes como espontáneas, que saben dirigir las mujeres cuando están enamoradas, y aún alguna vez cuando fingen estarlo, le detuvo.

El paraje en que se hallaba era muy poco transitado, y quizás por esta razón se veía al joven, pocos momentos después, sentado al lado de la marquesita.

Allí permanecieron más de un cuarto de hora, y cuando llegó el momento de despedirse, Flora, por atención, bondad ú otro motivo, le ofreció su casa á Mario.

Felisa, obedeciendo á un movimiento involuntario, tocó con el suyo el brazo de Flora, queriendo demostrar su sorpresa y reprobación; pero podríamos asegurar que el codo no se movía á impulsos del corazón.

Los jóvenes solían verse con frecuencia, pues, acaso por mera casualidad providencial, iba el artista á ver á Flora siempre que lo hacía la marquesita.

Aunque el interés crecía en ambos, nunca los labios del joven se permitieron dirigir una sola frase que revelara su pasión. Su amor era de artista, sublime, ideal.

XII

LA VIUDEZ.

Tristísimo era el estado del Marqués de Rocablанда: los profundos y continuados padecimientos morales habían influido poderosamente sobre su físico, produciendo una lesión del hígado, acompañada de un estado hipochondriaco que iba abatiendo sus fuerzas cada día y poniendo en peligro su existencia.

En tan fatal estado fué trasladado á Sevilla por consejo de los doctores.

Muchas veces había significado el Marqués á los parientes que le acompañaban sus vivos deseos de ver á su esposa, más ellos, dominados por la innoble ambición de heredar una gran fortuna, trataban de atribuir los sufrimientos del enfermo á consecuencia de la herida sufrida en el duelo, y la causa de todas sus desgracias á la mala conducta observada por Felisa.

En cuanto llegó á Sevilla decidió resueltamente llamar á su esposa, de cuya inocencia estaba intimamente penetrado. Valióse al efecto de una persona de su intimidad, que en su nombre le suplicó á la joven marquesita

que se trasladase á Sevilla al lado de su esposo, que ansioso la esperaba en los últimos momentos de su existencia.

Felisa, en cuanto recibió aquella carta, se puso en camino para Sevilla, á fin de cumplir su deber de esposa. El mismo día de la llegada, viendo el triste estado del Marqués, quiso olvidar todo lo pasado y la reconciliación tuvo efecto, con harta alegría del enfermo y profunda pena de sus parientes.

La presencia de Felisa, su perdón y sus cuidados, reanimaron el abatido espíritu del Marqués, hasta tal punto que llegaron los médicos á concebir esperanzas de salvarle.

¡Que contrastes tan terribles sufría el apasionado y bondadoso corazón de la joven! Amaba por primera vez y bien á su pesar; y aunque trataba con todas las fuerzas de su voluntad de olvidar al artista, le era imposible arrancar de su alma aquella pasión creciente, que, apoderada de todo su ser, ejercía sobre ella su incontrastable imperio.

Tratando de ocultar la constante lucha que en su interior sostenía, prodigaba al enfermo los más solícitos y cariñosos cuidados. Aunque no le amaba, le profesaba estimación y respeto; y queriendo probarle toda la generosidad de su alma, pasaba á su lado los días y las noches, admirando con su conducta á todos sus parientes y amigos.

Una mañana, que estaba sola en su gabinete, recibió una carta de Flora en la que, en frases enigmáticas, le anunciaba la salida del artista para Italia.

Mucho sufrió al recibir aquella noticia, pero en cuanto la razón volvió en su ayuda, pasados los primeros momentos, se dijo, tratando de consolarse:

—«Ha hecho bien alejarse de mí. Tal vez me haya olvidado, y yo debo olvidarle también. La Providencia vela por nosotros, y quiere apartarnos del abismo abierto á nuestros pies.»

«De cualquier modo yo debo sacrificar este deseo de mi alma, único que he sentido, á mi deber y á mi conciencia.»

Felisa decía esto de todo corazón, ó al menos creía decirlo; pero sus ojos derramaban abundantes lágrimas de dolor. Los días pasaban y la lucha de sentimientos crecía, haciéndole comprender que eran inútiles todos sus esfuerzos para arrancar de su corazón el recuerdo de Mario.

Efímera fué la mejoría del Marqués; la agravación había vuelto á manifestarse, poniendo en peligro su vida hasta el punto que la enfermedad tuvo, dos días después, el fatal término previsto.

Felisa era viuda, y libre, por tanto. ¿Pensaba aún en Mario? En los primeros momentos solo se ocupaba en llorar la pérdida de su esposo, que la había dejado heredera de su fortuna y título; pero no tardó su alma en hacerle traición: el recuerdo de Mario era su constante preocupación; le creía en Italia, y el temor de no volver á verle la llenaba de amargura.

—¿Me habrá olvidado? Se preguntaba á cada momento.

No era en Italia, sino en Sevilla en donde Mario se hallaba. Al saber por Flora la marcha de la marquesita, decidió seguirla pretestando un viaje á su país.

Con un nombre supuesto, permaneció cerca de su amada, tratando de saber el estado del enfermo, hasta que llegó á su noticia el fallecimiento.

Había pasado un mes y el artista anhelaba ver á la joven viuda. Pero ¿cómo hacerlo? Después de desechar cuantos medios se le ocurrían, se decidió á escribirle, anunciándole una visita de Flora. Cogió papel y pluma, y se puso á escribir lo siguiente:

«Señora mía: efecto de la desgracia que á usted aflige, y que muy de veras
»lamento, no me he atrevido á pasar á saludar á usted para cumplir el en-
»cargo de su prima la señorita Flora.

«Tengo que salir en breve para Madrid, y antes quisiera saber si me es
»dado cumplir esta misión, para mí tan grata.

MARIO BOSCO.»

Al día siguiente recibía Mario la respuesta de Felisa. Esta se negaba á recibirle en aquellos momentos en atención á su estado, y queriendo guardar las conveniencias sociales; pero lo aplazaba para su vuelta á Madrid, que tendría efecto en la próxima semana. La misiva era afectuosa, pero nada más.

Mario permaneció en Sevilla hasta la víspera de la partida de Felisa.

Al llegar á Madrid, su primera diligencia fué visitar á Flora.

BENITO LOSADA.

(Concluirá).





REFRANES, PROVERBIOS Y DECIRES GALLEGOS

RECOGIDOS

POR EL QUE FIRMA Y NO CONTENIDOS EN LA GRAMÁTICA DEL
SEÑOR SACO-ARCE

(Conclusión).

I

Ir á corte e mata-l-as todas.
Ir por besta e volver por burro.
Irs'o comido po-l-o servido.

J

Jun'tó galo, a galiña nóva, non vélla, pra que o galo estea'léita.
Justo, justo, sólo Diós.

GALICIA.—OCTUBRE, 1887.—T. I.—V. II.—Núm. 10.

35

L

Labor feito nada pide ó por facer.
 Labrador cazador, coellos n'a despensa e fame n'o comedor.
 Labrador chalán non cólle viño, nin pan.
 Labradores nóvos, mal po-l-os comareiros.
 Labra feita, bóis ó monte.
 «Lavada. ¡Ós tres dias náda!», díjoll'o millo á liñaza. E contestou ela:
 «Nugallanzon. ¡Un mes baix'o terron e inda se vou se non vou!»
 Leña d'ameneiro arde n'o regueiro.
 Leña verde e gente moza todo é fume.
 Liño d'Holanda pesa e non anda.
 Longe d'a vista, longe d'o corazon.
 Lunes e martes lava a. curiosa, miércoles e juéves a envidiosa, sábado a priguizosa.
 Lus e crus, diante.

M

Machada de carpinteiro, calzon de ferreiro e filla de taberneiro n'os quéiras por ningún diñeiro.
 Madeira de sérra e pan de cazóla nunca sobra.
 Madeira serrada, plata labrada.
 Máis moscas junta entena de méi que ola de vinagre.
 Máis s'engañan que os que bében.
 Máis vale entrar póbre n'o céo que rico n'o inférno.
 Máis vale tunda de pai que cariño d'amo.
 Mal de moitos, consólo de bóbos.
 Mália ó dente que cóme a semente.
 Mália ó rato que non sabe máis d'un burato.
 Mal sono dórme quen veneno cólle.
 Mans, que non dades, ¿que buscadeis?
 Mayo chuvioso, vran caloroso.
 Médico vélló e abogado nóvo.
Memento mei Deus quia ventus est, dácam'os cartos e tóma os papés.

Mentra-l-o pau vai e vén, descansa o lombo.
 Mentras auga teña o Miño, n'o Riveiro non falta viño.
 Mentras capo n'asubío.
 Mentras estou co-a nai n'estou co-a filla.
 Mentras tempo non vén, sazón pasa.
 Meu carriño nóvo, ¿quén te fai vélo? Catro meses de vran e oito d'inverno.
 Miña cousiña nóva, tres días n'o peneiriño.
 Miña Virgen de quén tén, teña eu máis que ninguén.
 Misa nóva, crégo vélo.
 Móitas veces fala un porque tén léngua.
 Morra Marta e morra farta.
 Mórte d'uns, vida d'outros.
 Mórto o can, mórta a rabia.
 Moscatél non vai ó pichél.
 Moza a novia e vélo o novio, casamento de córno; vélo el e vélla ela, casamento de m....
 Moza de Déza e vaca d'a Ulla, de cent'unha.
 ¡Moza póbre e ben vestida! Mal me cheira a chamusquina.
 Moza, qu'á moitos fai cara, digoche, Jan, qu'é unha maula.
 Moza, que móito s'arrisca, ou quer novio, ou quer trisca.
 Muíño parado non gana maquía.
 Muíños d'herdeiros e bens de menores son os piores.
 Muller parida, carreira abaixo, carreira arriba.
 Mullér, que c'o marido non cóme á mesa, algo pra si garda n'a artesa.
 Mullér, que móito fala, ó millor desbarra.

N

Nabos e fidalgos, raros.
 N'a casa d'o bo amo alí mórre o bo criado.
 N'a casa d'o ferreiro non tentar e n'a botica non probar.
 N'a casa d'o rico, que fai mala vida, puntada larga e acabar agaña. N'a casa d'o póbre, que dá d'o que tén, puntada corta e asegurar ben.
 Nadie as faga, que, tarde ou cedo, todas se pagan.
 Nadie diga: «d'esta auga non beberei.»
 Nadie naceu deprendido.
 Nadie vai ó río que non se molle.
 N'a hucha abérta o justo péca.

N'a miña terra, meu haber m'honra; n'a terra de fóra, a roupa m'abona.
 N'a mocedad e roupa rachada todo engarra.
 N'a semana d'a Ascension, tres dias carne e tres dias non.
 N'a terra allea as vacas escórnan os bóis.
 N'hai amor firme com'o primeiro, nin lua clara com'a de janeiro.
 N'hai atallo sin traballo, nin rodeo sin recreo.
 N'hai blanca sin tacha, nin morena sin gracia.
 N'hai boda póbrega, nin mortuorio rico.
 N'hai carne sin óso.
 N'hai feira mala; o que un perde outro gana.
 N'hai feita sin desfeita.
 N'hai macho sin femia.
 N'hai pega sin mancha negra.
 N'hai pior duro que o desnudo.
 N'hai pior xordo que o que non quér oír.
 N'hai plazo serodio.
 N'hai soberbia que non caya.
 N'hai tolo sin idéa.
 Nena, que de sí non torna, é porta sin taravelo.
 Neno d'á ano, vara de pano.
 Neno mimadiño, neno perdidíño.
 N'é o qu'a lua pinta, qu'é o que Dios dita.
 Néve febreiriña pica-a galiña.
 Nin besta de moita herba, nin home de moita verba.
 Nin de vello, nin de neno, non te sentes n'o penedo.
 Nin po-l-o bo tempo t'agaches, nin po-l-o malo te mates.
 Nin po-l-o inverno deixe-l-a capa, nin po-l-o vrau a alparagata.
 Non digas mal de nadie e non t'engañarás; pensa mal de todos e sobre ti
 estarás.
 Non péca de gula quen nunca tuvo fartura.
 Non pudo dar n'a besta e dou n'a albarda.
 Non sabe o qu'é unha hora millorada a muller que non pareu.
 Non sabe o raposo cantas galiñas dórmen fóra.
 Non saben o que perden os que non saben de nós.
 Non sea tanta a oera qu'arda a ilesia.
 Non sea tanto o tirar que parta a córda.
 Non sémpr'o alcacón está pra gaitas.
 Non s'engaña quen non conta.
 Non se sabe o que pesa a carne en canto n'o dí a romana.
 Non todo-l-os dias é martes d'entróido.

Non todo-l-os que dán son bos.
 Non todo o que relóce é ouro.
 Non todo o que se di se fai, nin todo o que se di se fai.
 Non tómes por dóna muller replicona.
 Norte oscuro, vendabal seguro.
 N'o tempo d'a grada o dono a trague (él y no otro es quien se sirve de ella).
 N'o tempo e n'a morte n'hai fianza.
 N'os entérros, os achegados e n'as honras, os convidados.
 Nubes á montaña, véllas á borralla; nubes á riveira, véllas a rajeira.
 Nunca chóve como trona.
 Nunca choveu que n'escampase.
 Nunca faltou Jan pra Sabéla.
 Nunca faltou tolo pra tola, nin tapon pra ola.

❶

O barato de balde é caro.
 O barato saca o carto d'o farrapo.
 O bén feito bén parece, e o que o fai algo merece.
 O bo pleiteante, dixo Tonié, boca cerrada, bolsa aberta e listo d'o pé.
 O bói po-l-a córda, e o hóme po-la palabra.
 O borracho lógo solta o que tén n'o papo.
 Óbras, d'as sobras.
 O caldeiro, n'o lameiro, e o póte, n'o fumeiro (al humo).
 O caldo d'as paridas non fai mal ás preñadas.
 O can de Jan Torrado canto fai co-a man desfai c'o rabo.
 O cariño d'os móitos anda ós poucos.
 O casado, casado sémpre.
 O castiñeiro, n'a man ó burato e o carballo, n'o carro.
 O centeo, basto n'a hucha e non n'o terreo.
 O crégo e mai-l-o zorro, se pérden a mañan préden o dia todo.
 O criado mal mandado, poñe-l-a mesa e mandá-l-o á algun recado.
 O démo, pr'as facer, pón unha manta, e pr'as descubrir, toca unha gaita.
 O entróido, co-as suas artes, botou á San Matías fóra d'ó martes.
 O fiado leva a mitá d'o clavo.
 O fillo d'o cân ha de roe-l-o óso.

Ofrecer e non dar ós tolos fai alegrar.
O hóme de bén non deshonra á ningún.
O hóme, onde nace, e o bóí, onde paco.
O óvo e a avelan, oonfórme véñen van.
O inverno cóme e non cria.
Oír campanas e non sabor onde.
O lume é media mantenza e, sobre coa, mantenza enteira.
O lume é o capon d'o póbrec.
Ollo, de xastre, e compás, de carpinteiro.
O mal d'o pai e'o fillo vai.
O medo garda a viña e non quén a vendima.
O mentir n'é hablidá.
O millo rascado énocho a cesta e o ferrado.
O moito falar é vicio.
O mozo póde morror, pero o vello non póde vivir.
Ond'hai cartas calan barbas.
Ond'hai cepos, lógo un fai achas.
Ond'hai crêgo, ou albarda, sémpro'hai hóra millorada.
Ond'hai galo, non canta galiña, se non que o galo teña a morriña.
Ond'hai ouro lógo relóco.
Onde cabe un carro cargado, bén cabe un hóme á seu cabo.
Ond'el non tiro viño, escusan d'ir outros por auga.
Onde monos se pensa, salta a lèbre.
Onde n'hai fariña, nin relon, todos falan sin razon.
Onde n'hai malicia, n'hai pecado.
Onde n'hai mórte, n'hai mala sórte.
Onde non se pérde algo, todo é miséria.
Onde non te chámen non te metas.
Onde non ves lobo, cata lobo.
Onde perda-l-a capa, alí a cata.
Onde se pensa qu'hai touciños, n'hai corres.
Ond'un há d'ir, n'há de mentir.
Ond'unha pórtase se cerra, outra s'abre.
Ond'un non córre, non cansa.
Onde vai a fouce, vaya o mango.
¿Onde vás, Clemente?—Vou co-a gente.
¿Onde vás, tolo?—Onde van todos.
Onde voxas orolla, mete cebada, e onde non vexas corpo, non poñas carga.
Onde vires bulla, escápate, se non qués ser testigo, nin parte.
O paxáro d'a devesa un o axexa e outro o pesca.

- O papel rége todo.
O pau e a pédra n'o camiño médran.
O pesar todo é sede.
O qu'á cerdeira non sóbe, malas zrejjas cóme: se sóbe e cai, pior lle vai.
O qu'agarda po-l-o que vén de fóra, agarda po-l-o que vén tarde é sin hóra.
O qu'á sólas fas n'a casa póidan todos ver n'a plaza.
O que bailador fói de mozo, de véello inda vai á rua.
O que baila sin tanguer, ou é tolo, ou quére ser.
O que calza alparagatas e de mulléres fai caso, nunca juntará diñeiro e sémpr'andaré descalzo.
O que compra con diñeiro que n'é seu non diga que compra, senon que vendeu.
O que con Diós anda, con Diós médra.
O que con rapaces se deita, lujado se levanta.
O que consigo se consella, consigo se depena.
O que contas non bota, contas n'atopa.
O que debía e pagou, tiña dolor e sahou.
O que de mozo non tolea, de véello pérde a cabeza.
O qu'en Agosto e Setembre non dá cebada, en San Juan non fai jornada.
O qu'está de Diós, n'o léva o démo.
O que mata é o escrúpulo.
Ó que móito quére agarrar, pouco lle dan á apreixar.
O que n'a sua casa cóme morriña, n'a allea quére carneiro e galiña.
O que n'é hóme n'a térra, n'é home n'a guérta.
O que n'este mundo fai mofa, n'o outro, foza.
O que n'este mundo fai risa, n'o outro, tóca a chifra.
O que non cai á maza, cai á espadéla.
O que non fuma nin bebe viño, leva-o o démo por outro camiño.
O que non garda non tén.
O que non mata engorda.
O que non sinto a palabra, non sinto a pancada.
O que non sucéde n'un ano sucede n'un día.
O que non tén carro nin bóis, anda antes ou despóis.
O que non tén que facer, seus nabos sacha, ou sacha os nabos antes de nacer.
O que non tén senon unha sortella, non sabe en que dedo a poña.
O que paga a Jan e debe á Andrés, tén que pagar outra ves.
O que pérde o burro e topa a albarda, ja non sofre pérda tanta.
O que porfeita cria, sempre tén alegría.
O que queira comer morriña, coma carneiro en Janeiro e en Mayo galiña.
O que queira comer patacas en San Juan, bote-as cando ó pan.

O que queira te-l-a fortuna tórta, machee a vaca e femee a pórca.
 O que queira ter fillos lapeiros, destíne-os á crégos, ou á gaiteiros.
 O que queira tomar venganza de seu veciño, poña-l'l'a vida en diñeiro e en pan cocido.

«O que sea meu amigo verdadeiro, veñam'a ver o vinte de Janeiro,» dixo o santo de Pico-Sagro.

O que s'escribe, lese.

O que se levanta cedo, repara o seu e mai-l-é alleo.

O que seu can quer matar, Arrabia lle pón por nóme.

O que s'usa non s'escusa.

O que tén arte vai por toda parte.

O que tén avea non pasa sin cea.

O que tén besta e anda a pé máis besta el é.

O que tén besta soña n'a albarda.

O que tén capa escapa, e o que n'a tén escapa tamén.

Ó que tén de cegar, po-l-os ollos l'l'ha de-dar.

Ó que tén fillos non lle podréce o pan.

O que tén fillos non reventa de cheo.

O que tén fillos non toupá.

O que tén lingua á Roma chega.

O que tén moitas mulléres nunca enviada.

O que tén tenda quer que l'l'atenda, e se non que a venda.

O que un non quere outro apetece.

O que vai á abogado nunca vén desconsolado.

O que vén dado, nin é pouco nin é malo.

O que veña atrás qu'arree.

O rapás que n'aprende a doutrina, pau de carballo á redor d'a petrina.

O regalo d'o póbre é un cigarro despois que cóme.

O Riveiro é o inférno d'as bestas, e o purgatorio d'os cans

O rosario non priva a misa.

O roubado non lóce.

Os cartos cóllens'unha ves, e antes contan-se tres.

Os moitos fillos empobrecen ós páis.

Os rapaces non son hómes.

Os traballos d'os casados son traballos honrados.

O tempero vai n'a man.

O tempo fai culléres.

O traballo d'os rapaces é pouco e quen o pérde mói louco.

O traballo non mata, pero amata.

Ou á Díos, ou ó démo, ningún deixade servir, sint'os que sirven á entrambos.

O vélló ménte bén n'a sua térra; o mozo, n'a allea, mónte que rabea.
 O viño barato saca o carto d'o farrapo.
 O viño con pasion tira esta d'o corazon.
 O viño é a sangre d'os véllós.
 O viño fai ó vélló moçoño,

P

«Palabra» dixoll'o lobo á cabra.
 Palabra e pédra solta non tén volta.
 Palabra por decir non tén chata.
 Pallas mórtas n'alumean.
 Palleiro sin palla non se fai.
 Pano podre non garda puntada.
 Papas e pan unha casa desfan: papas e bolo desfan-a de todo.
 Para mullér parida e tea urdida, non falta a gracia de Diós.
 Pascua en Marzo, ou fame ou mortazo.
 Pasou o santo, pasou o romaría.
 Pensa móito e fala pouco.
 Perdonar, que s'houbo descortesía, culpa foi d'o bico d'abaixo e d'arriba.
 Pesa máis mogena, que feixe de leña.
 Pleito de póbre n'a próba mórrre.
 Póbre, á festa convidado, tira a barriga de mal ano.
 Póbre d'o póbre, que todo o mundo o móle.
 «¡Pobriñas! Ábrenvos tarde e non comedes,» dixo o raposo ás galiñas.
 Poda en Janeiro, vendima n'o sombreiro.
 Poda en Marzo vendima n'o regazo.
 «Pode-me quén sépa e áteme calquéra,» dixo a viña ó labrador.
 Po-l-a Candelaria cásans'os paxariños e vais'a Galiñóla.
 Po-l-a liña vén a tiña.
 Po-l-a santa báixas'a peana.
 «Po-l-a Santa Mariña, báixam'a porretiña,» dixo a cebola.
 Po-l-a Santa Mariña, deixa a sacha e colle a fouciña.
 Po-l-a Santa Mariña, vai ás tuas viñas, e cal as cates, tal as vendimas.
 Po-l-a sona buscas'a persona.
 Po-l-o que garde n'o meu peito non teño pleito.
 Po-l-• San Anton (Abad), toda galiña pón: po-l-a Candelaria, a boa e a mala.

Po-l-o San Pedro burro quedo.
 Po-l-os santos béixans'as pédras; por causa d'as mozas, ouséquiáns'as véllas.
 Polvo en Abril, lama en Agosto.
 Por bén facer, mal haber.
 Por Pascua de Resurreucion tres cousas non tén sazon: sardiñas saladas,
 castañas asadas e predicacion.
 Por un puñado de fariña non queden as papas raras.
 Potro, de potróla; becerro, de vaca vólla.
 Poucas son as malas fadas, oito meses e tres semanas.
 Pouca terra bén abonada, va-l-a móita mal traballada.
 Pouco aceite dan por un carto.
 Pr'abaixo todos-l-os santos ajudan.
 Pra a misa e pra o souto, n'hái qu'esperar un por outro.
 Pra o pan fornar, qué o bói trembar.
 Pra o póbrec sempre n'óite.
 Pra un ir á menos non se precisan empeños.
 Predícame, frade; por unha orella m'entra e por outra me sale.
 Prenda de gallego diñeiro vale.
 Primeiro caí un mentiroso que un coxo.

Q

Quéixas'un d'as que tén e non sabe as que lle vén.
 Quén á sua filla quixer casar, dell'o céntofollas á lavar.
 Quén aínda por San Juan, ou é tolo ou non tén pan.
 Quén bén ata bén desata.
 Quén comeu a carne que roa o óso.
 Quén con augas se cura, pouco dura.
 Quén con moitos se consella, fai o que non debe, ou cerdea.
 Quén con pólvora s'adivirte, n'o corpo o sinte.
 Quén de Diós está qu'ha de ser póbrec, nunca rico mórrere.
 Quén de todo se admira, ou é parvo, ou se fai el.
 Quén dixo pan dixo trigo.
 Quén erra e s'emenda, á Diós s'encomenda.
 Quén fixo o cesto que lle poña o aro.
 Quén máis mira, menos ve.
 Quén mal decrúa, n'a arrenda o súa.
 Quén manda, non róga.

Quén mérca ruin pano, merca duas veces n'ó ano.
 Quén m'ito córre, lógo pára.
 Quén non gobierna a leña, non gobierna cousa que teña.
 Quén non téñ máis que unha filla non póde ter máis d'un genro.
 Quén non téñ rabo de palla, non téñ medo ó lume.
 Quén ó adiante non mira, atrás se queda.
 Quén o pouco desprecia, menos merece.
 Quén ó sementar, é mesquiño, pra a seltura escusa fouciño.
 Quén o seu mal teña por móito conte-ll'o a outro.
 Quén ós lóstregos non téme, á Diós ofénde.
 Quén ós paxaros recea, millo miudo non semente.
 Quén ós seus desagarima, ós alleos nada pida.
 Quén padeza d'as móas, qu'acuda á dentuza.
 Quén parece que non tripa as hérbas, pronde vai, tólleas.
 Quén pareu, que arróle e, senon, pasar sin hóme.
 Quén quere á Beltran, quere ó seu can.
 Quén rouba á un ladron, gana cén anos de perdon.
 Quén se laya e non cóme, nin sonea, lógo dá os fios á tea.
 Quén seus criados non vai á ver, venda o que téñ pra os manter.
 ;Quén te fai rico?—Quén che fai o pico.
 Quén vai en carro, nin vai á pé nin á cabalo.
 Quén vive de recordos, vive entre mórtos.
 Que o hóme se póida ver, coma n'os cristás d'a fonte, n'os ollos d'a sua mullér.

R

Regalo de monja, ferrado de trigo.
 Regalo de póbre, á pretension óle.
 Rei ó quén Rei non ve.
 Renégo d'a grade que léva os terrons todos.
 Roupa lavada po-l-o sól agarda.
 Rubiás ó sól nado, pigoreiro, andarás mollado. Rubiás ó sól pósto, pigoreiro, andarás enxóito.

S

Saben todo-l-o que bebo e non a sede que teño.

Sabe un á onde chegou e non sabe a onde chegará.

Sacristan que vénde cera e non téñ o colmenar, *rapaverum*, *furtaverum*
as veliñas d'o altar.

S'a nóite de Navidá foi de luar, labra Bén pra sementar. S'a nóite de Na-
vidá foi d'escuro, sementa n'o terron duro.

Santos, ó céo.

Sardiña que o gato léva, aquela gandida vai.

Sarna con gusto non pica.

Sea o santo que fore, *ora pro nobis*.

Se Diós quér e hai proporcion, en fillos e pitos légo s'un pón.

Sementeira n'a semana de San Roman (mes de Novembro) nin palla nin
gran; n'a de Santa Baya (Diciembre), gran e máis palla.

Se qués á tua mullér boa, dalle cerboa.

Se qués conocer á Periquiño, dall'un mandíño.

Se qués ó teu hóme sao, dall'avelao.

Se qués ser póbre sin sentir, fai obras n'os días pequenos e deitat'a dormir.

Se qués ter abellas; mira-as po-l-as Candeas (Candelaria), e, se qués mël
mira-as po-l-o San Miguél.

Se qués ter bo viño, engerta de boa cepa.

Se qués vivir móito tempo, faite de mozo vélo.

Se ti t'alabas ¿que dirán os máis?

Se vas pra Déza, que-o pan non ch'esquéza, e se vas pra Camba, leva-o
n'a manga.

Soldado gallego n'a guerra hai que ve-l-o.

Softam'e verás como corro.

«S'o millo fose pouco, botá-l-o d'un saco n'outro,» dixo a galiña cando falou.

S'o qu'estudia non sabe, o que n'estudia mal póde saber.

T

Tan bonita é a culpa que nadie a quér.

Tan longa fói a romaría, com'o día.

Tanto dá comer, como estar comendo.
 Tempo contado lógo pasa.
 Tendo salú e comendo bén, o traballar non mata a ninguén.
 Térra que dá o cardo, pra min a gardo; a que da o espiño, pra meu veciño.
 Térra sin abono acaba con seu dono.
 Ti bailaches e eu bailei, ti como sabes e eu como sei.
Tibi aras, tibi ocas, pra ti son as mazarócas.
 Tira un a pédra e non sabe ond'irá dar.
 Toda carne cóme o lobo, meno-l-a sua, que lambe.
 Todos son bos e a miña capa n'aparece.
 Torcer pra dentro, andar de trencó; torcer pra fóra, andar que namóra.
 Traballar, sin réгла, é morrer sin fé.
 Trono d'o solano, pouca auga, e, se cadra, móito dño.
 Tronos en Marzo, ou fame, ou mortazo.

U

Unha ave sóla, nin canta, nin chóra.
 Unha por outra n'é pecado.
 Unhas e outras botan ó crégo de poutas.
 Un mata e outro esfóla.
 Uns érguen a caza e outro-l-a matan.
 Uns nacen deitados e outros de pé.
 Uns ténden as redes e outros cóllen os peixes,
 Urdir e tecer non póde ser.

V

Vaca de móitos, bén mogida e mal mantida.
 Vacas d'a Ulla e mullér de Bendóiro n'as metas n'a casa, que ch'é un
 agóiro.
 Vai c'os da feira e vén c'os d'o mercado.
 Vai o vélló morrendo e mais deprendendo.
 Vale máis cair en gracia que ser graci oso.
 Vale máis codia dura que pédra mól.

Vale máis córda vacía que ruin compraduría.
Vale máis gran de sobra n'a moéga que muíño en espéra.
Vale máis maña que forza.
Vale máis neno contento que pucho de zreijas.
Vale máis nublado d'Agosto que sól de Setembro.
Vale máis onza de trato que libra de traballo.
Vale máis pouco diario que móito de raro en raro.
Vale máis ruin compostura que bo pleito.
Vale máis ruin conocido que bo por conocer.
Vale máis ser arreeiro d'unha besta, que criado d'unha récua.
Vale máis ser pillo que pillado.
Vale máis solo que mal acompañado.
Vale máis solteiro que mal casado.
Vale máis tarde que nunca.
Vale máis ter libros de conta que conta de libros.
Vale máis véllo honrado que mozo desvergonzado.
Van os cans onde n'os chaman e dánlles pedradas.
Váyas'a tenda e quede o tendeiro.
Viño, á pasar; auga á fartar.
Viño blanco e mullér, o primeiro que viñér.
Viño de Mayo, pouco e malo.
Vísperas e completas, co-as mans n'as calcetas.



Xastro d'as Bañías cóse de balde e máis pón as liñas.



Zapato burgues, besta d'andadura e amigo cruñes pouco duran todos tres.

MARCIAL VALLADARES.



¡NO ES VERDAD!

~~~~~

—¿Eres tú mi bien querido?...  
¡Pedacito de mi alma!  
¿Es verdad que aún te veo?...  
¿Es mentira mi desgracia?  
Alza la frente, no llores  
y mírame cara á cara.  
¡Abrázame, vida mía,  
pedazo de mis entrañas!  
No te aflijas, ten valor;  
porque el eclipse no apaga  
la luz del sol y tu honra  
volverá á brillar mañana.  
—No, madre... no me acaricies  
ni á mí te acerques... ¡aparta!  
¿No ves que hay sangre en mis manos?  
¿No ves mi frente manchada?  
—No es posible; tú deliras...  
mentira son tus palabras;  
es verdad que has cometido  
locuras... calaveradas...  
¡pero una infamial... ¡jamás  
has cometido una infamia!

—Sí, madre; que maté á un hombre  
á traición y por la espalda.

¡Huye de mí, madre mía,  
que he deshonrado tus canas!

—¡No; nunca! aunque el mundo entero  
de rodillas lo jurara...

ni aunque yo mismo lo viera,

¡jamás creyera en tu falta!

¡Déjame con mi ilusión!

Mi bien, tu frente levanta

y dame un abrazo estrecho,

que yo no veo tus manchas.

FILOMENA DATO MURUAIS.

---

LA CORUÑA

JOSÉ MIGUEZ PEINÓ Y H., IMPRESORES

San Andrés 98, bajo

—  
1887